

El carbunclo azul

La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle



El carbunco azul

**La Liga de los
Pelirrojos**

Doyle, Arthur Conan

El carbunclo azul. La Liga de los Pelirrojos / Arthur Conan Doyle.-

1ª edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ministerio de Educación e Innovación. Dirección General de Planeamiento Educativo, 2019.

96 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-673-472-1

1. Educación Primaria. 2. Literatura. I. Título.
CDD 372

ISBN: 978-987-673-472-1

El carbunclo azul (título original: *The Adventure of the Blue Carbuncle*, 1892)

La Liga de los Pelirrojos (título original: *The Red-Headed League*, 1891)

Arthur Conan Doyle

© De la traducción: Sebastián Vargas

© De la edición: Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología

Dirección General de Planeamiento Educativo

Holmberg 2548/96, 2º piso

C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Permitida la transcripción parcial de los textos incluidos en este documento, hasta 1.000 palabras, según la ley 11.723, art. 10º, colocando el apartado consultado entre comillas y citando la fuente; si este excediera la extensión mencionada, deberá solicitarse autorización a la Dirección General de Planeamiento Educativo.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

El carbunclo azul

La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle

El carbunclo azul | La Liga de los Pelirrojos

Arthur Conan Doyle

Coordinación: Mariana Rodríguez

Traducción, introducción y notas: Sebastián Vargas

Corrección de textos: Gabriela Berajá

Diseño de interior y tapa: Alejandra Mosconi, Patricia Peralta

Ilustración de tapa: Susana Accorsi

Revisión de la traducción: Equipo de Evaluación de los Aprendizajes, Prácticas del Lenguaje (UEICEE).
Mariana D'Agostino (coord.), Gisela Borches,
Soledad Conte-Grand, Mariana Cuñarro, Marcela Domine,
Mariela Piñero, Leila Simsolo, Emilse Varela, Ludmila Vergini

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación

María Soledad Acuña

Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa

Tamara Vinacur

Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa

Santiago Andrés

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

Subsecretario de Carrera Docente y Formación Técnica Profesional

Javier Tarulla

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos

Sebastián Tomaghelli



Índice

Introducción	9
El autor	9
La obra.....	11
El carbunclo azul	17
La Liga de los Pelirrojos	55



Introducción

El autor

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo, Escocia, el 22 de mayo de 1859. Su madre era irlandesa y católica, y su padre era inglés, pero hijo también de irlandeses católicos. Con la ayuda económica de sus tíos, Arthur fue enviado a estudiar a Inglaterra, en un colegio jesuita. Allí comenzó a manifestar interés por el arte, en especial por la literatura y la música.

Sin embargo, tras terminar el colegio se dedicó a estudiar medicina y a los 22 años se recibió de médico en la Universidad de Edimburgo. Mientras estudiaba para ser doctor, comenzó a escribir y a publicar sus primeros cuentos de fantasía y misterio.

Su primer trabajo como médico fue en un buque ballenero, lo que le permitió recorrer diversos países y vivir aventuras como marino. Cuando regresó a Gran Bretaña, abrió su propio consultorio médico en la ciudad de Londres. Fue un ferviente impulsor de la vacunación, una técnica por entonces novedosa que encontraba aún una gran resistencia en la sociedad.

Paralelamente a su práctica médica, Arthur Conan Doyle (“Conan” es su segundo nombre, no es su apellido) siguió escribiendo cuentos, aunque estos no resultaron un gran éxito.



En 1885 se casó con Louisa Hawkins. Ese mismo año creó a su personaje más famoso, el detective Sherlock Holmes. Un año más tarde fue publicada la primera novela protagonizada por Holmes, *Estudio en escarlata*, texto en el que se plasmaron las principales características del género policial de enigma, que Edgar Allan Poe había inaugurado unos años antes con el personaje de Auguste Dupin, y que Doyle perfeccionó con su excepcional héroe detective. Si bien en un primer momento la novela fue ignorada por la crítica, pronto comenzó a reunir una gran cantidad de lectores entusiastas y permitió que su autor adquiriera renombre.

En 1891, ya convertido en un escritor reconocido, Doyle dejó de practicar la medicina para dedicarse principalmente a la escritura. Escribió cuatro novelas y más de cincuenta cuentos protagonizados por Sherlock Holmes, que le valieron una gran fama en Gran Bretaña y en todo el mundo. Entre las historias más conocidas del detective se pueden mencionar también las novelas *La señal de los cuatro* (1890), *El sabueso de los Baskerville* (1902) y *El valle del terror* (1915).

Su esposa Louisa, con quien tuvo dos hijos, enfermó de tuberculosis y murió en 1906. Un año después, Arthur contrajo matrimonio con Jean Elizabeth Leckie, con quien tendría tres hijos más a lo largo de los años.

Además de novelas y cuentos policiales, Doyle escribió ensayos, ciencia ficción, novelas históricas, crónicas de guerra, cuentos de terror, poemas y obras de teatro.

En 1902, el gobierno británico lo distinguió con el título honorífico de *Sir* (caballero).

Sin descuidar nunca su carrera literaria, fue también político, soldado y viajero; se interesó por el espiritismo, la abogacía, la arquitectura, el deporte y, en fin, por casi todos los campos de la actividad humana. Mantuvo ese espíritu inquieto y vivaz hasta su muerte, ocurrida en 1930, cuando tenía 71 años.

La obra

Sir Arthur Conan Doyle no fue el creador del género policial: él mismo reconoció, en diversas oportunidades, haber sido influido por la obra de diversos autores, como Edgar Allan Poe (en especial en los cuentos “La carta robada” y “Los crímenes de la calle Morgue”) y el novelista francés Émile Gaboriau, con su personaje del inspector Lecoq. Doyle también recibió una gran influencia de uno de sus profesores universitarios, Joseph Bell, quien remarcaba constantemente la importancia de la observación minuciosa, la inferencia y la deducción lógica como herramientas para llegar a la verdad.

Sin embargo, aunque no haya sido el creador del género, sin dudas Arthur Conan Doyle fue quien lo hizo popular: el detective Sherlock Holmes y su amigo y ayudante, el doctor Watson, se convirtieron en personajes célebres y el público lector ansiaba leer las historias protagonizadas por ellos.



Las historias de Sherlock Holmes, ubicadas con gran realismo y detalle en la ciudad de Londres de fines del siglo XIX, se ven influidas por el positivismo de la época. En efecto, proponen que la humanidad, a través de la razón y de la aplicación de un método, el analítico-deductivo, puede alcanzar la verdad y resolver todos los problemas científicos y sociales.

Las aventuras del famoso detective ayudaron también a definir y pulir las características del *policia de enigma*:

- La historia se inicia con un crimen o problema del cual se desconocen los detalles (cuándo, cómo y por qué se cometió y, especialmente, quién fue su autor).
- Hay un detective que conduce la investigación y un asistente (en el caso de las historias de Holmes, el doctor Watson) que relata los avances y la información que el detective va reuniendo.
- Se plantea una contraposición entre, por un lado, la flexibilidad y la eficiencia del detective (por lo general, privado, es decir que trabaja por fuera de las instituciones policiales y de justicia) y, por otro lado, la actuación de la policía, que suele mostrarse lenta, ineficiente o incapaz de descubrir al culpable.
- A lo largo de la obra, se van dando pistas que permiten reconstruir la solución del enigma; el lector se siente desafiado a encontrar, mediante esas pistas, al autor del crimen al mismo tiempo que lo descubre el detective (o incluso, antes que él).
- El enigma es resuelto y por lo general se atrapa al culpable.



- El detective explica (a su asistente, a la policía o a las personas implicadas en la trama) cómo logró resolver el caso.

Los dos cuentos largos seleccionados en este libro, “El carbunclo azul” y “La Liga de los Pelirrojos”, reflejan con bastante exactitud esta estructura básica del policial de enigma.

“El carbunclo azul”, publicado en 1892 en la revista mensual inglesa *The Strand Magazine*, es una buena puerta de entrada al universo de Sherlock Holmes y a sus particulares y sorprendentes métodos. Holmes recibe, por una serie de casualidades, un viejo sombrero de un desconocido, y al analizarlo (únicamente como entretenimiento), a partir de su observación minuciosa y la aplicación del método analítico-deductivo, devela una inmensa cantidad de información. Watson, en cambio, no había podido obtener ningún dato. Junto con su sombrero, el desconocido había dejado abandonado un ganso (el cuento transcurre cerca de Navidad, y el ave estaba destinada a ser la estrella de la cena de Nochebuena). Pero ese ganso resulta ser el inicio de una increíble aventura, pues cuando se disponen a cocinarlo, en su interior es hallada una valiosísima joya: el famoso “carbunclo azul” de la condesa de Morcar (tanto la joya como la noble dama son invenciones de Doyle).

A partir de allí, Sherlock comienza, con la asistencia y la compañía de Watson, una serie de averiguaciones,



viajes, discusiones y artilugios para conseguir lo que en un comienzo parecía imposible: descubrir una serie de eventos insólitos, resolver un crimen, devolver una joya robada, salvar a un inocente de una condena injusta y, por si fuera poco, aprovechar el espíritu navideño para perdonar a un culpable. Sherlock Holmes se muestra en este cuento en todo su esplendor: domina las situaciones, maneja los hilos de la investigación y aprovecha una serie de pequeñas casualidades para dejar al descubierto la trama criminal.

“La Liga de los Pelirrojos” (publicado también en *The Strand Magazine*, en 1891) era uno de los cuentos preferidos de su autor, que siempre lo mencionaba entre sus tres historias favoritas protagonizadas por Sherlock Holmes. Al igual que en todas las historias del famoso detective, la trama se desarrolla en calles y lugares reales de la ciudad de Londres de fines del siglo XIX. Se le presenta a Sherlock Holmes un enigma en apariencia bastante ridículo y bizarro, que implica la existencia de una improbable sociedad cuya razón de ser es mejorar la vida de las personas con pelo de color rojo; pero tras esa apariencia curiosa del problema inicial, el astuto detective será capaz de descubrir la existencia de un potencial delito. Sherlock Holmes actúa (con gran energía y sin escapar a situaciones de acción directa y violenta) para intentar evitar que se cometa el crimen y, por supuesto, explica —al doctor Watson y a nosotros, los lectores— cómo hizo para descubrir los detalles de esa compleja trama oculta.



Ambos cuentos presentados aquí nos permiten conocer también algunos aspectos personales de Sherlock Holmes, como su pasión por la música, su costumbre de fumar en pipa, su sentido del humor, su carácter severo pero también compasivo, su necesidad de alternar períodos de ocio con otros de gran actividad y energía, y su terror al aburrimiento, al que considera su principal enemigo en la vida.



El carbunco azul

La segunda mañana después de Navidad pasé a visitar a mi amigo Sherlock Holmes con la intención de darle mis buenos deseos para las fiestas. Él estaba descansando sobre el sofá, vestido con una bata violeta, un soporte para pipas bien cerca a su derecha y un montón de periódicos matutinos arrugados al alcance de la mano, que evidentemente habían sido recién estudiados. Junto al sofá había una silla de madera y del vértice del respaldo colgaba un muy raído y desaliñado sombrero de fieltro, muy gastado por el uso y resquebrajado en varios lugares. Sobre el asiento de la silla, una lupa y un fórceps¹ sugerían que el sombrero había quedado suspendido de esta manera con el objetivo de examinarlo.

—Está ocupado —le dije—; quizás lo estoy interrumpiendo.

—Para nada. Y me alegra contar con un amigo con quien poder discutir mis resultados. El asunto es absolutamente trivial —extendió su pulgar en dirección al viejo

¹ Pinza de precisión utilizada en medicina.



sombrero—, pero existen algunos puntos relacionados con él que no están enteramente desprovistos de interés e, incluso, resultan instructivos.

Me senté en su sillón y me calenté las manos frente a su chimenea chisporroteante, pues había comenzado a caer una fuerte helada y las ventanas estaban cubiertas por gruesos cristales de hielo.

—Supongo —señalé— que, así de sencillo como parece, este objeto está ligado a alguna historia terrible... o que es la pista que lo guiará a la resolución de algún misterio y al castigo de un crimen.

—No, no. Ningún crimen —dijo Sherlock Holmes, riéndose—. Solo uno de esos pequeños incidentes extravagantes que han de suceder cuando tienes a cuatro millones de seres humanos empujándose unos contra otros dentro de un espacio de unas pocas millas cuadradas. En la acción y reacción de un enjambre humano tan denso, puede esperarse que ocurra toda combinación de eventos posible, y se presentarán muchos pequeños problemas que pueden resultar sorprendentes y extraños, sin ser criminales. Nosotros ya tuvimos experiencias de ese tipo.

—Tanto es así —acoté—, que de los seis últimos casos que agregué a mis notas, tres están completamente libres de cualquier crimen contra la ley.

—Precisamente. Usted se refiere a mi intento por recuperar los papeles de Irene Adler, al singular caso de la señorita Mary Sutherland y a la aventura del hombre



de labio retorcido.² Bueno, no tengo dudas de que este pequeño asunto caerá en la misma inocente categoría. ¿Conoce a Peterson, el portero?

—Sí.

—A él le pertenece este trofeo.

—Es su sombrero, entonces.

—No, no: él lo encontró. Su dueño es desconocido. Le ruego que lo mire no como un sombrero maltratado, sino como un problema intelectual. Y, en primer lugar, consideremos cómo terminó aquí. Llegó en la mañana de Navidad, junto con un buen ganso engordado que en este preciso momento está asándose, no tengo duda, en la cocina de Peterson. Los hechos son estos: a eso de las cuatro de la mañana de Navidad, Peterson, quien, como usted sabe, es un tipo muy honesto, regresaba de algún pequeño festejo y recorría su camino a casa bajando por la calle Tottenham Court.³ A la luz del farol de la calle, vio a un hombre alto que caminaba delante de él tambaleándose un poco y que llevaba un ganso blanco sobre el hombro. Cuando llegó a la esquina de la calle Goodge, se desató una pelea entre este desconocido y un grupito de malhechores. Uno de estos le tiró al hombre su sombrero; en respuesta a ello, él levantó su bastón para defen-

² Referencias a casos previos de Sherlock Holmes, relatados, respectivamente, en los cuentos “Un escándalo en Bohemia”, “Un problema de identidad” y “El hombre con el labio retorcido”.

³ Calle céntrica de Londres que en su extremo sur está cerca del Museo Británico. Al igual que en la mayoría de las historias de Sherlock Holmes, en este cuento el autor describe con mucho detalle las locaciones y recorridos por la ciudad de Londres.



derse y, al elevarlo por sobre su cabeza, rompió la vidriera del negocio que estaba detrás de él. Peterson corrió hacia el desconocido para protegerlo de sus atacantes; pero el hombre, espantado por haber roto el ventanal, y viendo que una persona con apariencia de policía⁴ corría hacia él, soltó su ganso, echó a correr y desapareció entre el laberinto de callejuelas que se abren al fondo de la Tottenham Court. Los malhechores también huyeron ante la aparición de Peterson, así que quedó en posesión del campo de batalla, y también del botín de la victoria, bajo la forma de este sombrero maltrecho y de un inmejorable ganso navideño.

—Que sin duda habrá devuelto a su dueño, ¿verdad?

—Mi querido amigo, ahí está el problema. Es cierto que dice “Para la esposa de Henry Baker” en una tarjetita atada a la pata izquierda del ave, y también es cierto que en el forro de este sombrero se leen las iniciales “H. B.”, pero como hay varios miles de Bakers, y algunos cientos de Henry Bakers en nuestra ciudad, no es fácil devolverle las cosas perdidas a ninguno de ellos.

—¿Y qué hizo entonces Peterson?

—Me trajo enseguida ambos, sombrero y ganso, la mañana de Navidad, sabiendo que incluso los problemas más pequeños me resultan de interés. Guardamos el ganso hasta esta mañana, cuando comenzó a dar signos de que debía ser comido sin más demoras, a pesar de

⁴ Los porteros o encargados de edificio de la época llevaban uniforme y, en una calle oscura, podían ser confundidos con un policía.



la helada. Entonces, quien lo halló se lo llevó para que cumpliera con el destino último de un ganso, mientras que yo todavía conservo el sombrero del caballero desconocido que perdió su cena navideña.

—¿Y ese hombre no puso ningún aviso?⁵

—No.

—Entonces, ¿qué pista podría usted tener sobre su identidad?

—Solo aquello que podamos deducir.

—¿De su sombrero?

—Exactamente.

—Pero usted está bromeando. ¿Qué podría averiguarse a partir de este viejo sombrero raído?

—Aquí tiene mi lupa. Usted conoce mis métodos. ¿Qué puede usted mismo averiguar sobre la persona que usó esta prenda?

Tomé el andrajoso objeto entre mis manos y lo di vuelta con pocas ganas. Era un sombrero negro de lo más común, con la usual forma redonda, duro y gastado por el uso. El forro había sido de seda roja, pero estaba muy descolorido. No había marca del fabricante, pero, como Holmes había indicado, en un costado estaban garabateadas las iniciales “H. B.”. Había sido perforado en el

⁵ En Inglaterra, en la época en que transcurre este relato, era habitual, cuando se perdía algo de valor, publicar un aviso en el diario pidiendo a quien hubiera hallado el objeto perdido que lo devolviera, y brindando los datos necesarios para concretar la devolución.



ala para pasar un sujetasombreros,⁶ pero faltaba la banda elástica. Por lo demás, estaba agrietado, excesivamente polvoriento y manchado en varios lugares, aunque parecía que había existido algún intento de disimular las partes descoloridas frotándolas con tinta.

—No puedo ver nada —dije, mientras se lo devolvía a mi amigo.

—Por el contrario, Watson, usted puede verlo todo. Falla, sin embargo, al razonar a partir de lo que ve. Usted es demasiado tímido para sacar sus conclusiones.

—Entonces le ruego: ¿podría decirme qué es lo que usted logra deducir de este sombrero?

Lo tomó y lo observó con la peculiar forma introspectiva que lo caracterizaba.

—Quizás es menos sugerente de lo que podría haber sido —señaló—, y sin embargo hay algunas deducciones que resultan muy claras y algunas otras que presentan al menos un fuerte grado de probabilidad. Que el hombre es altamente inteligente es, por supuesto, obvio y salta a la vista, y también que las cosas le fueron muy bien en los últimos tres años, aunque últimamente cayó en una mala racha. Es previsor, aunque ahora menos que antes, lo que indica un retroceso moral que, cuando se lo considera junto con el declive de su fortuna, parece indicar que alguna influencia maligna, probablemente

⁶ Dispositivo compuesto por una banda elástica que se hacía pasar por ambos lados del ala del sombrero y se ajustaba bajo el mentón en los días de mucho viento, para evitar que se volara el sombrero.



la del alcohol, actúa sobre él. Esto podría explicar también el hecho evidente de que su esposa ha dejado de amarlo.

—¡Pero por favor, querido Holmes!

—Él, sin embargo, ha conservado algún grado de amor propio —continuó, desestimando mi protesta—. Es un hombre que lleva adelante una vida sedentaria, que sale poco, que está completamente fuera de forma, de mediana edad y con el pelo canoso, que se ha cortado en los últimos días y se peina con fijador. Estos son los hechos más evidentes que pueden deducirse de este sombrero. También, por cierto, que es extremadamente improbable que tenga instalación de gas en su casa.

—De verdad que usted debe estar bromeando, Holmes.

—En lo más mínimo. ¿Es posible que, en este mismo momento, mientras le doy a usted estos resultados, no sea capaz de ver cómo fueron obtenidos?

—No me cabe duda de que soy muy estúpido, pero debo confesar que soy incapaz de seguirlo. Por ejemplo, ¿cómo puede deducir que este hombre es muy inteligente?

Como respuesta, Holmes se puso el sombrero, que le cubrió la frente y se quedó apoyado en el tabique de su nariz.

—Es una cuestión de capacidad cúbica —dijo—. Un hombre con un cerebro tan grande debe tener algo dentro de él.

—¿Y en cuanto al declive de su fortuna?



—Este sombrero tiene unos tres años de antigüedad. Esta ala plana que se curva en el borde era la moda en ese momento. Es un sombrero de la mejor calidad. Mire la cinta de seda acanalada y el excelente material del forro. Este hombre pudo comprar un sombrero tan caro tres años atrás y, desde entonces, no tuvo sombrero nuevo; por lo tanto, seguramente cayó en desgracia.

—Bueno, eso es bastante claro, tiene razón. ¿Pero cómo supo sobre la capacidad de previsión y el retroceso moral?

Sherlock Holmes se rio.

—Aquí está la previsión —dijo y puso el dedo sobre la pequeña arandela y el gancho del sujetasombreros—. Estos nunca se venden junto con los sombreros. Si este hombre encargó que le hicieran uno, es signo de que era muy previsor, en tanto se salió de la norma para tomar esta precaución contra el viento. Pero como vemos que el elástico se rompió y él no se tomó el trabajo de reemplazarlo, es obvio que el dueño tiene menos previsión ahora que antes, lo cual es una prueba evidente de un carácter que se está debilitando. Por otra parte, intentó esconder algunas de estas manchas en el fieltro embadurnándolas con tinta, lo que da señal de que no ha perdido del todo el respeto por sí mismo.

—Su razonamiento es ciertamente verosímil.

—Los siguientes puntos, que es de mediana edad, que su cabello tiene canas, que se cortó el pelo hace poco y que usa crema fijadora, todo eso puede extraerse de un

examen detallado de la parte inferior del forro. La lupa revela un gran número de puntas de pelo, cortadas al ras por las tijeras del barbero. Todas parecen adheridas y hay un olor característico a crema fijadora de limón. Este polvo, observará usted, no es el polvo arenoso y gris de la calle, sino el polvo pelusiento y amarronado de la casa, lo que demuestra que el sombrero estuvo colgado puertas adentro la mayor parte del tiempo; mientras que las marcas de humedad del lado de adentro son prueba fehaciente de que el usuario transpira en gran abundancia y, por lo tanto, muy difícilmente se hallará en buen estado físico.

—Pero lo de la esposa... usted dijo que ella dejó de amarlo.

—Este sombrero no fue cepillado durante semanas. Cuando lo vea a usted, mi querido Watson, con una acumulación de polvo en su sombrero, y cuando su esposa lo deje salir a la calle en ese estado, habré de temer que usted también ha sido lo suficientemente desafortunado como para perder el afecto de su mujer.

—Pero él podría ser soltero.

—No, él estaba llevando a su casa el ganso como una ofrenda de paz para su esposa. Recuerde la tarjeta en la pata del ave.

—Tiene una respuesta para todo. Pero ¿cómo, por todos los cielos, pudo deducir que él no tiene el gas instalado en su casa?

—Una mancha de sebo, o incluso dos, podrían ocurrir por casualidad; pero como veo no menos de cinco, creo



que puede haber muy pocas dudas de que este individuo debe estar en contacto frecuente con sebo derretido... Probablemente, a la noche sube las escaleras con este sombrero en una mano y una vela goteante en la otra. En todo caso, no se obtiene ninguna mancha de sebo a partir de una tubería de gas.⁷ ¿Está satisfecho?

—Bueno, es muy ingenioso —dije, sonriendo—; pero desde el momento en que, como usted acaba de decir, no se cometió ningún crimen y no se produjo ningún daño excepto la pérdida de un ganso, todo esto parece ser más bien un desperdicio de energía.

Sherlock Holmes había abierto la boca para responder cuando la puerta se abrió y Peterson, el portero, irrumpió en el departamento con las mejillas enrojecidas y la expresión de un hombre que está aturdido por el asombro.

—¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso, señor! —gritó entre jadeos.

—¿Eh? ¿Qué pasa con él? ¿Volvió a la vida y salió volando por la ventana de la cocina? —Holmes se dio vuelta en el sofá para tener una mejor vista del agitado rostro del hombre.

⁷ A partir de la década de 1880, se extendió en Inglaterra la red de transporte de gas natural, lo que ocasionó que el gas fuera relativamente barato y eficiente para su uso doméstico. Si en una casa estaba hecha la instalación de las tuberías de gas, podían calefaccionarse e iluminarse los ambientes sin tener que apelar a las chimeneas a leña o a las velas de sebo.



—¡Mire aquí, señor! ¡Mire lo que mi señora encontró en el buche!⁸

Extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul que centelleaba de brillo, algo más pequeña que un poroto, pero de tal pureza y esplendor que brillaba como una luz eléctrica en el hueco oscuro de su mano.

Sherlock Holmes se levantó mientras emitía un silbido.

—¡Por Júpiter, Peterson! —dijo—. Vaya tesoro que encontró. Supongo que sabe qué es lo que tiene ahí...

—¿Un diamante, señor? Una piedra preciosa. Corta el vidrio como si fuera manteca.

—Es más que una piedra preciosa. Es *la* piedra preciosa.

—¡No será el carbunco azul⁹ de la condesa de Morcar! —exclamé.

—Precisamente. No puedo dejar de reconocer su tamaño y su forma, en tanto vengo leyendo el aviso sobre él

⁸ El buche es una bolsa membranosa que forma parte del sistema digestivo de algunas aves; se comunica con el esófago y tiene la función de acumular alimento para humedecerlo, ablandarlo y predigerirlo lentamente, antes de que pase al estómago. La existencia del buche les permite a esas aves comer muy rápido y en grandes cantidades (cuando tienen oportunidad de hacerlo), para digerir poco a poco. Curiosamente, los gansos no poseen buche: este es considerado uno de los mayores errores de Arthur Conan Doyle en sus obras protagonizadas por Sherlock Holmes.

⁹ “Carbunco” es sinónimo de “rubí”: una piedra preciosa de color rojo, caracterizada por su extremo brillo y su gran dureza. Debido a los elementos que lo componen, un carbunco o rubí puede variar de coloración, pero siempre dentro de la gama de los tonos rojizos; no podría ser nunca de color azul, por lo cual la existencia de un carbunco azul es una licencia poética de la ficción literaria, una muestra de lo rara y única que es la piedra preciosa en cuestión.



en *The Times* desde hace varios días.¹⁰ Es absolutamente único, y sobre su valor solo pueden hacerse conjeturas; pero la recompensa ofrecida de mil libras¹¹ no llega, por cierto, ni a la vigésima parte de su valor de mercado.

—¡Mil libras! ¡Santo Dios de la misericordia! —el portero se desplomó en una silla y nos miraba alternadamente a uno y al otro.

—Esa es la recompensa, y tengo razones para pensar que existen consideraciones sentimentales en el trasfondo que llevarían a la condesa a desprenderse de la mitad de su fortuna, con tal de recuperar la gema.

—Se perdió, si recuerdo bien, en el hotel The Cosmopolitan —comenté.

—Así es: el 22 de diciembre, hace tan solo cinco días. John Horner, un plomero, fue acusado de haberla sustraído del alhajero de la dama. La evidencia en contra de él es tan fuerte que el caso ya fue remitido a los tribunales en lo criminal.¹² Tengo alguna noticia sobre el asunto por aquí, creo.

Hurgó entre sus periódicos, echándole un vistazo a las fechas, hasta que finalmente alisó uno, lo dobló por la mitad y leyó:

¹⁰ Ver nota al pie número 5, en la página 21.

¹¹ La libra es la unidad monetaria de Inglaterra; tradicionalmente, se dividía en 20 chelines, y cada chelín se dividía a su vez en 12 peniques.

¹² En la Inglaterra de fines del siglo XIX, los tribunales en lo criminal (conocidos como *assizes*) juzgaban únicamente los casos más graves, mientras que los jueces locales decidían por su cuenta (sumariamente) sobre las faltas y los delitos menores.



Robo de joya en el hotel The Cosmopolitan

El día 22 del corriente mes, John Horner, de 26 años, plomero, fue acusado de haber hurtado de la caja de joyas de la condesa de Morcar la valiosa piedra preciosa conocida como “el carbunco azul”.

James Ryder, conserje principal del hotel, testificó que condujo a Horner al vestidor de la condesa de Morcar el día del robo, con la finalidad de que soldara la segunda barra de la reja de la chimenea, que estaba floja. Él permaneció con Horner durante un rato, pero finalmente fue llamado y debió irse. Cuando regresó, descubrió que Horner había desaparecido, que

el escritorio había sido abierto por la fuerza y que la pequeña caja de joyas recubierta con cuero decorado en la cual, como se supo luego, la condesa acostumbraba guardar su joya estaba vacía sobre la mesa del tocador.

Ryder dio la voz de alarma de inmediato y Horner fue arrestado esa misma noche; pero la piedra preciosa no fue encontrada en su poder ni en su lugar de residencia. Catherine Cusack, doncella¹³ de la condesa, declaró haber escuchado el grito de angustia de Ryder cuando descubrió el robo y haber entrado en la habitación, donde halló todo

tal como fue descrito por el anterior testigo.

El inspector Bradstreet, de la División B, brindó información sobre el arresto de Horner, quien se resistió frenéticamente y proclamó su inocencia con gran énfasis. Al recibir evidencia de que el prisionero había recibido una condena previa por robo, el magistrado no quiso juzgar el delito en forma sumaria, sino que lo remitió a los tribunales en lo criminal. Horner, quien mostró signos de intensa conmoción durante el proceso, se desmayó al oír su conclusión y debió ser retirado de la sala. ■

—Hmmm... Hasta aquí llega el informe policial —dijo Holmes pensativo, mientras dejaba de lado el periódico—. La cuestión que debemos resolver es la

¹³ Las doncellas, o damas de compañía, eran asistentes personales de damas de la nobleza. A veces eran mujeres nobles, pero de rango inferior a la persona que atendían. No se las consideraba sirvientas, sino empleadas de cierto prestigio.



secuencia de eventos que van desde un alhajero saqueado, en un extremo, hasta el buche de un ganso en la calle Tottenham Court, en el otro. Ya ve, doctor Watson, que nuestras pequeñas deducciones han adquirido de pronto un aspecto mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra provino del ganso y el ganso provino del señor Henry Baker, el caballero con el sombrero arruinado y todas las demás características con las cuales lo he aburrido. Entonces ahora debemos ponernos muy seriamente a buscar a este caballero y a determinar qué rol ha jugado en este pequeño misterio. Para lograr esto, debemos intentar en primer lugar los medios más sencillos, que en este caso consisten, indudablemente, en publicar un aviso en todos los periódicos vespertinos. Si esto fallara, deberé recurrir a otros métodos.

—¿Qué quiere que diga el aviso?

—Deme un lápiz y esa hoja de papel. Veamos, pues: “Fueron encontrados en la esquina de la calle Goodge un ganso y un sombrero negro de fieltro. El señor Henry Baker puede recuperarlos si se presenta a las 6.30 de esta tarde en el 221B de la calle Baker”. Es claro y conciso.

—Muy. Pero ¿él lo verá?

—Bien, él seguramente le dará una ojeada a los periódicos, puesto que, para un hombre pobre, la pérdida fue sustancial. Evidentemente estaba tan asustado por su mala suerte al romper la vidriera y por la llegada de Peterson que no pensó en nada excepto en huir, pero de allí en adelante se debe haber lamentado amargamente



por el impulso que lo llevó a soltar su ave. Aquí tiene, Peterson: vaya hasta la agencia de avisos y haga publicar esto en los periódicos de la tarde.

—¿En cuáles, señor?

—Oh, en el *Globo*, el *Star*, el *Pall Mall*, el *St. James*, el *Evening News*, el *Standard*, el *Echo* y en cualquier otro que se le ocurra.

—Muy bien, señor. ¿Y la joya?

—Ah, sí: yo conservaré la joya. Muchas gracias. Y le pido, Peterson, que compre un ganso cuando venga de regreso y me lo deje aquí, porque debemos tener uno para entregárselo al caballero en lugar de aquel que su familia está ahora devorando.

Cuando el portero se fue, Holmes tomó la gema y la sostuvo bajo la luz.

—Es un objeto hermoso —dijo—. Mire tan solo cómo reluce y centellea. Por supuesto que es un núcleo y un foco de atracción para el crimen. Toda buena gema lo es: son las carnadas favoritas del diablo. En las joyas más grandes y antiguas, puede decirse que cada faceta equivale a un hecho sangriento. Esta piedra no tiene aún veinte años de antigüedad. Fue hallada a orillas del río Amoy, en el sur de China,¹⁴ y resulta destacable por presentar todas las características de un carbunclo, excepto que su color es un tono de azul, en lugar de rojo rubí.

¹⁴ No existe ningún río llamado Amoy, en China; sí hay una ciudad, Xiamén, a orillas del mar Amarillo, cuyo nombre se pronunciaba antiguamente *Amoy* en un dialecto local.



A pesar de su juventud, ya tiene un historial siniestro. Hubo dos asesinatos, un lanzamiento de vitriolo,¹⁵ un suicidio y diversos robos cometidos en honor de estos cuarenta granos de peso¹⁶ de carbón cristalizado. ¿Quién pensaría que un chiche tan bonito se convertiría en un proveedor para la horca y para la cárcel? Ahora lo voy a guardar en mi caja fuerte y le mandaré un mensaje a la condesa para avisarle que lo tenemos.

—¿Piensa que ese hombre, Horner, es inocente?

—No puedo decirlo.

—Pero bueno, al menos, ¿imagina que este otro, Henry Baker, tiene algo que ver con el asunto?

—Es, creo, muy probable que el tal Henry Baker sea un hombre totalmente inocente, que no tenía ni la menor idea de que el ave que estaba transportando tenía un valor considerablemente mayor que el que tendría si hubiera sido de oro sólido. Definiré eso, sin embargo, mediante una prueba muy sencilla, si recibimos respuesta a nuestro anuncio.

—¿Y usted no puede hacer nada hasta ese momento?

—Nada.

¹⁵ En los siglos XVIII y XIX, el ácido sulfúrico era llamado *vitriolo*; se utilizaba como limpiador, diluido en bajas concentraciones. Cuando comenzó a ser fabricado en gran escala, en la década de 1740 en Inglaterra, al resultar barato y fácil de obtener, se hizo frecuente utilizarlo como arma, con propósitos violentos: se lanzaba ácido (suelto o en un recipiente frágil) a una persona, para desfigurarla, cegarla o neutralizarla.

¹⁶ El grano es una antigua unidad inglesa de peso, que equivale aproximadamente a 65 miligramos. Su nombre se debe a que su definición se basó en la masa de una semilla de cebada. Un peso de 40 granos equivale, en una joya, a unos 13 quilates.



—En ese caso, debo continuar con mi ronda profesional.¹⁷ Pero regresaré al anochecer, a la hora que usted publicó, pues me gustaría ver la solución de un asunto tan complicado.

—Estaré encantado de verlo. Yo ceno a las siete. Hay perdiz, creo. Por cierto, en vista de los recientes acontecimientos, quizás deba pedirle a la señora Hudson¹⁸ que examine su buche.

Me demoré con un paciente, y ya eran pasadas las seis y media cuando volví a la calle Baker. Mientras me aproximaba a la casa, vi a un hombre alto con un gorro escocés¹⁹ y un abrigo abotonado hasta la barbilla, que esperaba afuera, en el semicírculo iluminado que dibujaba el farol. Justo cuando llegué, la puerta se abrió y fuimos conducidos los dos juntos hasta la habitación de Holmes.

—El señor Henry Baker, imagino —dijo él, mientras se levantaba de su sillón y saludaba a su visitante con ese aire natural de simpatía que podía asumir tan fácilmente—. Por favor, acerque esta silla junto al fuego, señor Baker. Es una noche fría, y noto que su circulación está más adaptada al verano que al invierno. Ah, Watson, llegó usted en el momento justo. ¿Es este su sombrero, señor Baker?

—Sí, señor; este es indudablemente mi sombrero.

¹⁷ Watson, que es doctor en Medicina, se refiere a las visitas a sus pacientes habituales.

¹⁸ La señora Hudson es el ama de llaves y también la propietaria del 221B de la calle Baker, departamento que alquila a Sherlock Holmes.

¹⁹ Boina de tela gruesa de abrigo, con un pompón en el centro.



Era un hombre alto y corpulento, con hombros redondeados, una gran cabeza y una cara amplia e inteligente que descendía hacia una barba puntiaguda de color castaño y con canas. Un toque de rubor en la nariz y las mejillas, y un leve temblor en su mano extendida, recordaban la conjetura de Holmes respecto de sus hábitos. Su oscuro abrigo de levita estaba abotonado en el frente hasta arriba, con el cuello dado vuelta y sus delgadas muñecas sobresalían de las mangas sin ninguna señal de puños de camisa. Hablaba en forma de un lento *staccato*,²⁰ eligiendo sus palabras con cuidado, y daba la impresión general de un hombre de estudio y de letras, al que la suerte le había jugado una mala pasada.

—Hemos retenido esas cosas durante algunos días —dijo Holmes— porque esperábamos ver un aviso suyo en el que indicara su dirección. Me da curiosidad saber por qué no publicó un anuncio.

Nuestro visitante emitió una risa más bien avergonzada.

—Los chelines²¹ no están siendo tan abundantes para mí como lo fueron alguna vez —señaló—. No tenía dudas de que la banda de malhechores que me asaltó se había llevado tanto mi sombrero como el ave. No me interesaba gastar más dinero en un intento sin esperanza de recuperarlos.

²⁰ En italiano, término musical utilizado para indicar una sucesión de notas cortas y separadas unas de otras.

²¹ Moneda inglesa equivalente a la vigésima parte de una libra. El chelín se dividía, a su vez, en 12 peniques. Estas fracciones monetarias quedaron fuera de circulación en las últimas décadas del siglo XX para ser reemplazadas por un sistema decimal.



—Muy naturalmente. Por cierto, en cuanto al ave, nos vimos obligados a comerla.

—¡La comieron! —Nuestro visitante dio un salto de su silla por la agitación.

—Sí, no habría servido de nada para nadie si no lo hacíamos. Pero supongo que este otro ganso que se halla sobre el aparador, que es aproximadamente del mismo peso y está perfectamente fresco, cumplirá su propósito igualmente bien, ¿verdad?

—Oh, claro que sí, claro que sí —respondió el señor Baker dando muestras de alivio.

—Por supuesto, aún conservamos las plumas, patas, buche y demás de su anterior ave, así que si usted desea...

El hombre estalló en una carcajada sincera.

—Podrían servirme como recuerdos de mi aventura —dijo—; pero más allá de eso, no puedo ver qué utilidad tendrían para mí los *disjecta membra*²² de mi última adquisición. No, señor; creo que mejor, con su permiso, limitaré mi atención a la excelente ave que observo sobre el aparador.

Sherlock Holmes me lanzó una intensa mirada de reojo, acompañado por un ligero levantamiento de sus hombros.

—Aquí tiene su sombrero, entonces, y aquí está su ave —dijo—. Por cierto, ¿le molestaría decirme de dónde

²² Expresión en latín que significa “fragmentos o partes dispersas” y que suele utilizarse para referirse a fragmentos de textos o poesías antiguas.



obtuvo el otro ganso? Soy algo así como un aficionado a las aves, y pocas veces vi un ganso mejor criado.

—Por supuesto, señor —dijo Baker, quien ya se había levantado y había metido su reciente adquisición bajo el brazo—. Algunos frecuentamos el bar Alfa, cerca del Museo...²³ Se nos puede encontrar en el Museo mismo durante el día, sabe. Este año, nuestro buen anfitrión, llamado Windigate, creó un Club del Ganso, mediante el cual, a cambio de unos pocos peniques cada semana, cada uno de nosotros recibe un ave en Navidad. Mis cuotas fueron debidamente pagadas y lo demás ya lo sabe. Estoy muy en deuda con usted, señor, pues un gorro escocés no se ajusta a mis años ni a mi seriedad.

Con una cómica pomposidad en los gestos, nos hizo una reverencia solemne a los dos y se fue por su camino.

—Y eso es todo, en lo que respecta al señor Henry Baker —dijo Holmes, cuando se cerró la puerta detrás de él—. Es más que claro que él no tenía la menor idea del asunto. ¿Tiene hambre, Watson?

—No especialmente.

—Entonces sugiero que posterguemos nuestra cena y sigamos esta pista mientras todavía está caliente.

—Por supuesto.

Era una noche inhóspita, así que nos abrigamos con nuestros gabanes y envolvimos bufandas alrededor de

²³ Se refiere al Museo Británico, uno de los más antiguos, importantes y visitados del mundo. El British Museum fue inaugurado en 1759, y cambió de sede algunas veces en el transcurso de los siglos. Alberga más de ocho millones de objetos de todas partes del mundo.



nuestras gargantas. Afuera, las estrellas brillaban fríamente en un cielo despejado y los alientos de los transeúntes se convertían en humo como si fueran disparos de pistola. Nuestras pisadas resonaban fuertes y secas mientras recorríamos el barrio de los doctores,²⁴ la calle Wimpole, la calle Harley, y luego cruzamos Wigmore hasta llegar a la calle Oxford. En un cuarto de hora estábamos en Bloombury, en el bar Alfa, un pequeño pub en la esquina de una de las calles que desembocan en Holborn. Holmes empujó la puerta del bar y le pidió dos vasos de cerveza al encargado, de cara roja y delantal blanco.

—Su cerveza debería ser excelente, si es tan buena como sus gansos —dijo Holmes.

—¡Mis gansos! —el hombre parecía sorprendido.

—Sí. Estuve hablando, hace apenas media hora, con el señor Henry Baker, un miembro de su Club del Ganso.

—¡Ah! Sí, ya veo. Pero en realidad, señor, no son *nuestros*, los gansos.

—¡No me diga! ¿Y de quién son, entonces?

—Bueno, obtuve dos docenas de ellos de un vendedor en Covent Garden.²⁵

—¿De verdad? Conozco a varios de ellos. ¿A cuál se refiere?

²⁴ Se refiere a la calle Harley y sus alrededores, en el centro de Londres, donde a partir del siglo XIX se instalaron numerosos médicos, tanto clínicos como cirujanos.

²⁵ Barrio de Londres dedicado en su mayor parte a la actividad comercial. Allí se localiza el edificio del teatro Royal Opera House, conocido comúnmente como Covent Garden, por su ubicación.



—Se llama Breckinridge.

—¡Oh! No lo conozco. Bien, aquí tiene su dinero, buen hombre. Que siga con salud y prosperidad. Buenas noches.

—Y ahora, a buscar al señor Breckinridge —continuó, abotonando su abrigo mientras salíamos al exterior helado—. Recuerde, Watson, que aunque tenemos algo tan cotidiano como un ganso en un extremo de esta cadena, en el otro hay un hombre que seguramente recibirá siete años de prisión, a menos que podamos establecer su inocencia. Es posible que nuestra investigación no haga otra cosa que confirmar su culpabilidad; pero, en todo caso, tenemos una línea de investigación que no fue considerada por la policía y que por una curiosa casualidad cayó en nuestras manos. Sigámosla hasta las últimas consecuencias. ¡Rumbo al sur, pues, y a toda marcha!

Cruzamos Holborn, bajamos por la calle Endell y continuamos así, en zigzag por los alrededores del mercado de Covent Garden. Una de las tiendas más grandes llevaba el nombre Breckinridge en un letrero y el propietario, un hombre de aspecto de caballo, con una cara alargada y bigotes bien cortados, ayudaba a un muchacho a cerrar las persianas.

—Buenas noches. Qué frío que hace —dijo Holmes.

El vendedor asintió con la cabeza y le disparó una mirada interrogativa a mi acompañante.



—Ya no le quedan gansos, veo —siguió Holmes, señalando los mostradores de mármol vacíos.

—Tendrá quinientos para elegir, mañana a la mañana.

—Mañana no me sirve.

—Bueno, quedan algunos en aquella tienda que tiene un farol.

—Ah... pero me lo recomendaron a usted.

—¿Quién?

—El encargado del Alfa.

—Ah, sí; le mandé un par de docenas.

—Muy buenas aves, por cierto. ¿Dónde las consiguió? Para mi sorpresa, la pregunta provocó un estallido de furia por parte del vendedor.

—Escúcheme bien, señor —dijo, con la cabeza inclinada a un costado y las manos en la cintura—, ¿qué es lo que está buscando? No se ande con vueltas, le pido.

—Más directo, imposible. Querría saber quién le vendió esos gansos con los que proveyó al Alfa.

—Pues bien: no se lo voy a decir. ¡A volar!

—Oh, es un asunto totalmente sin importancia; pero no sé por qué se pone usted tan acalorado por una pequeñez como esta.

—¡Acalorado! Usted estaría acalorado también, si lo molestaran tanto como a mí. Cuando pago buen dinero por un artículo, ese debería ser el final del negocio; pero después vienen con “¿De dónde son los gansos?” y “¿A quién le vendió los gansos?” y “¿Cuánto ganó con los



gansos?”... Uno pensaría que son los únicos gansos del mundo, por la forma en que arman escándalo por ellos.

—Mire, no tengo conexión con ninguna otra persona que haya estado haciendo preguntas —dijo Holmes despreocupadamente—. Si no me cuenta, la apuesta se cancela y no pasa nada. Pero estoy siempre listo para hacer valer mi saber en materia de aves y aposté un billete de cinco libras a que el ave que comimos había sido criada en el campo.

—Pues bien, entonces usted perdió sus cinco, porque era un ganso criado en la ciudad —replicó el vendedor.

—Jamás me convencerá de que crea eso.

—¿Quiere apostar algo?

—Sería como quitarle el dinero, porque sé que tengo razón. Pero tengo aquí un soberano²⁶ para apostar, solo para enseñarle a no ser tan terco.

El vendedor se rio entre dientes, sin gracia.

—Tráeme los libros, Bill —dijo.

El muchachito fue y vino trayendo un cuaderno delgado y otro manchado de grasa, y los dejó juntos debajo de la lámpara.

—¿Sabe qué, Señor Sabiondo? —dijo el vendedor—. Creía que no quedaban gansos, pero antes de que terminemos, se dará cuenta de que todavía hay uno en mi tienda. ¿Ve este librito?

—Sí, ¿y?

²⁶ Moneda inglesa de oro; su valor era de una libra.



—Tiene la lista de la gente a la que le compro. ¿La ve? Pues bien, acá en esta página está la gente del campo y los números que están después de sus nombres indican dónde están sus cuentas en el libro mayor. ¡Ahora, vea! ¿Ve esta otra página con tinta roja? Bien, esa es la lista de mis proveedores en la ciudad. Bueno, mire el tercer nombre. Tan solo léamelo en voz alta.

—“Señora Oakshott, 117 de la calle Brixton: 249”
—leyó Holmes.

—Así es. Ahora busque la página en el libro mayor. Holmes hojeó el libro hasta la página indicada.

—Aquí está: “Señora Oakshott, 117 calle Brixton, proveedora de huevos y aves de corral”.

—Y dígame, entonces, ¿cuál es la última anotación?

—“Día 22 de diciembre. Veinticuatro gansos a 7 chelines 6 peniques”.

—Muy cierto. Ahí tiene. ¿Y abajo?

—“Vendidos al señor Windigate del bar Alfa, a 12 chelines”.

—¿Y ahora qué me dice?

Sherlock Holmes se veía profundamente disgustado. Sacó una moneda de un soberano de su bolsillo y la tiró sobre el mostrador; se alejó con el aspecto de una persona cuyo enojo es demasiado profundo para expresarlo con palabras. Cuando estuvo a unos pocos metros, se detuvo bajo un farol de la calle y comenzó a reírse en la forma contagiosa y sin ruido que le era característica.



—Cuando vea a un hombre con los bigotes cortados así y con un *Pink'un*²⁷ asomándole del bolsillo, siempre podrá entusiasmarlo con una apuesta —afirmó—. Me atrevo a decir que si hubiera puesto un billete de cien libras frente a él, este hombre no me habría dado una información tan completa como la que extraje de él cuando pensó que me estaba ganando una apuesta. Pues bien, Watson, nos hallamos, me imagino, cerca del final de nuestra búsqueda y el único punto que aún resta por definir es si debemos ir a lo de esta señora Oakshott esta misma noche, o debemos postergarlo para mañana. Resulta claro, por lo que dijo aquel malhumorado señor, que hay otros, además de nosotros mismos, que están inquietos a causa de este tema y yo debería...

Sus comentarios fueron interrumpidos súbitamente por un fuerte alboroto que surgió en la tienda que acabábamos de dejar. Al darnos vuelta, vimos a un hombre menudo, con cara de ratón, parado en el centro del círculo de luz amarilla que emanaba de la lámpara colgante, mientras Breckinridge, el vendedor, encuadrado en la puerta de su tienda, agitaba los puños ferozmente hacia la figura servil.

—¡Ya me cansé de ustedes y sus gansos! —gritaba—. ¡Váyanse todos al diablo! ¡Si siguen molestándome con su estúpido blablablá, les voy a soltar el perro! Si viniera la señora Oakshott aquí, yo le contestaría; pero

²⁷ Periódico semanal dedicado a resultados deportivos, en especial de fútbol. El nombre *Pink'un* ("El Rosita") se debe a que originalmente se imprimía en papel rosado.



¿y a usted qué le importa?! ¿Acaso le compré los gansos a usted?!

—No, pero igual uno de ellos era mío —se lamentó el hombrecito.

—Bueno, entonces pregúntele a la señora Oakshott.

—Ella me dijo que le preguntara a usted.

—Bueno, puede preguntarle al rey de Prusia, por mí. Ya tuve suficiente de este asunto. ¡Lárguese de aquí!

Se abalanzó con furia hacia adelante, y el hombrecito se escabulló y se alejó en la oscuridad.

—¡Ajá! Esto podría ahorrarnos una visita a la calle Brixton —susurró Holmes—. Sígame, y veremos qué se puede obtener de este individuo.

Mientras avanzaba entre los grupos dispersos de personas que paseaban por las llamativas tiendas, mi compañero velozmente alcanzó al hombrecito y le tocó el hombro. Él se dio vuelta, y pude ver, a la luz de la farola, que hasta el último rastro de color había desaparecido de su cara.

—Pero ¿quiénes son? ¿Qué es lo que quieren? —preguntó con voz temblorosa.

—Usted sabrá disculparme —dijo Holmes con suavidad—, pero no pude evitar escuchar las preguntas que acaba de hacerle a aquel vendedor. Creo que puedo resultarle de utilidad.

—¿Usted? ¿Quién es? ¿Cómo podría saber algo de este asunto?



—Mi nombre es Sherlock Holmes. Mi trabajo es conocer lo que otra gente desconoce.

—Pero usted seguro que no sabe nada de esto...

—Discúlpeme: lo sé todo. Está usted intentando rastrear un ganso que fue vendido por la señora Oakshott de la calle Brixton a un vendedor de apellido Breckinridge, quien a su vez lo vendió al señor Windigate del bar Alfa, y este a su club, del cual el señor Henry Baker es miembro.

—Oh, señor, usted es precisamente la persona a quien estaba queriendo encontrar desde hace tiempo —exclamó el hombrecito con las manos extendidas y los dedos temblorosos—. Apenas puedo expresarle hasta qué punto estoy interesado en esta cuestión.

Sherlock Holmes detuvo con una seña un coche²⁸ que estaba pasando.

—En tal caso, haremos bien en discutirlo en una habitación cómoda, en lugar de en este mercado azotado por el viento —dijo—. Pero le ruego que me diga, antes de que continuemos, a quién tengo el placer de estar ayudando.

El hombre dudó durante un instante.

—Mi nombre es John Robinson —respondió con una mirada de reojo.

²⁸ Los carruajes taxi, tirados por caballos, funcionaron en las principales ciudades de Europa desde mediados del siglo XVIII hasta que fueron reemplazados por los taxis automóviles en las primeras décadas del siglo XX.



—No, no: el nombre real —dijo Holmes inocentemente—. Siempre resulta poco práctico hacer negocios con un alias.

Las blancas mejillas del desconocido se tiñeron de rojo súbitamente.

—Bien, pues —dijo—, mi nombre real es James Ryder.

—Así es, precisamente. Jefe de conserjes del hotel The Cosmopolitan. Le ruego que suba al carro, y pronto estaré en condiciones de decirle todo lo que desea saber.

El hombrecillo se quedó parado, mirándonos a uno y a otro con ojos mitad temerosos, mitad esperanzados, como alguien que no está seguro de si está a punto de recibir un tesoro caído del cielo o de sufrir una catástrofe. Entonces subió al coche, y en media hora estábamos de regreso en la sala de estar en la calle Baker. Nada se dijo durante el trayecto, pero la respiración agitada y rápida de nuestro nuevo acompañante y el juntarse y separarse de sus manos hablaban de la tensión nerviosa que llevaba dentro.

—¡Aquí estamos! —dijo Holmes alegremente mientras ingresábamos en la habitación—. El fuego de la chimenea se ve muy oportuno para este clima. Usted parece estar congelado, señor Ryder. Por favor, siéntese en la silla de mimbre. Voy a ponerme mis pantuflas, antes de que resolvamos este asunto suyo... ¡Listo, ahora! ¿Quiere usted saber qué pasó con aquellos gansos?

—Sí, señor.



—O más bien, supongo, con *aquel* ganso. Había una sola ave, imagino, en la cual usted estaba interesado: una blanca, con una línea negra que le cruzaba la cola.

Ryder tembló de emoción.

—¡Oh, señor! —exclamó—. ¿Puede decirme adónde fue a parar?

—Vino aquí.

—¿Aquí?

—Sí, y dio pruebas de ser el ave más extraordinaria. No me extraña que usted se muestre interesado en ella. Puso un huevo después de muerta: el más hermoso, el más brillante huevito azul que alguien haya visto nunca. Lo tengo aquí, en mi museo.

Nuestro visitante tambaleó y se agarró de la repisa de la chimenea con la mano derecha. Holmes abrió el cerrojo de su caja fuerte y sostuvo en alto el carbunclo azul, que refulgía como una estrella, con un resplandor frío, chispeante y lleno de brillo. Ryder se lo quedó mirando con el rostro demacrado, sin decidirse entre reclamarlo o desconocerlo.

—El juego terminó, Ryder —dijo Holmes en voz baja—. ¡Póngase derecho, hombre, o se caerá en el fuego! Dele una mano para que vuelva a su silla, Watson. No tiene suficiente arrojo para meterse en crímenes y salir impune. Sírvale un trago de coñac. ¡Bien! Ahora se lo ve un poco más humano. ¡Vaya ganso que es este tipo!



Por un instante el hombre tambaleó y estuvo a punto de caerse, pero el licor devolvió un tono de color a sus mejillas, y se sentó mientras miraba con ojos aterrorizados a su acusador.

—Tengo casi todos los eslabones de la cadena en mis manos y todas las pruebas que podría llegar a necesitar, así que solo necesito que me diga unas pocas cosas. Sin embargo, ese poco debe ser aclarado, para que el caso quede cerrado. Ryder, ¿había usted oído hablar acerca de la joya azul de la condesa de Morcar?

—Fue Catherine Cusack quien me contó sobre ella —respondió con voz entrecortada.

—Ya veo... la doncella de su señoría. Bueno, la tentación de una riqueza repentina adquirida con tanta facilidad fue demasiado fuerte para usted, así como lo fue para mejores hombres antes; pero no fue muy escrupuloso en los métodos que utilizó. Me parece, Ryder, que en usted se está formando un tremendo villano. Supo que el tal Horner, el plomero, había estado envuelto en algún asunto similar antes, y que las sospechas recaerían mucho más fácilmente sobre él. ¿Qué es lo que hizo, entonces? Rompieron alguna cosa en la habitación de la dama —usted y su cómplice Cusack— y organizaron que se enviara a aquel hombre para que lo arreglara. Luego, apenas se fue, saquearon el joyero, dieron la voz de alarma e hicieron que este desafortunado fuera arrestado. Luego ustedes...

Ryder se arrojó súbitamente sobre la alfombra y se aferró a las rodillas de mi compañero.



—¡Por el amor de Dios, tenga piedad! —gritó—. ¡Piense en mi padre! ¡O en mi madre! Se les rompería el corazón. ¡Nunca antes hice nada malo! Y nunca lo volveré a hacer. Lo juro. Lo juraría sobre una Biblia. ¡Oh, no lleve esto a la corte! ¡Por Jesucristo, no!

—¡Vuelva a su silla! —dijo Holmes con dureza—. Está muy bien arrodillarse y arrastrarse ahora, pero debería haber pensado antes en el pobre Horner, que está en la cárcel por un crimen con el que no tiene nada que ver.

—Me escaparé, señor Holmes. Dejaré el país, señor. Y entonces los cargos contra él se caerán.

—Hmmm... Ya hablaremos de eso. Ahora, escuchemos un informe preciso del siguiente acto. ¿Cómo llegó la piedra al interior del ganso y cómo llegó el ganso al mercado? Díganos la verdad, porque de eso depende su única chance de salvación.

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos.

—Se lo contaré tal como sucedió, señor —dijo—. Cuando Horner fue arrestado, me pareció que sería mejor escaparme con la piedra sin demoras, porque no sabía en qué momento se le podría ocurrir a la policía inspeccionarme a mí y a mi habitación. No había ningún lugar en el hotel que fuera seguro. Salí, como si estuviera realizando un mandado, y fui hasta la casa de mi hermana. Ella se casó con un hombre de apellido Oakshott, y vive en la calle Brixton, donde engorda aves para venderlas en el mercado. En todo el recorrido, cada persona que me cruzaba me parecía un policía o un detective; y, aunque



era una noche muy fría, el sudor me corría por la cara desde antes de llegar a la calle Brixton. Mi hermana me preguntó qué pasaba, por qué estaba tan pálido; pero le conté que estaba alterado por el robo de la joya en el hotel. Luego fui al patio y fumé una pipa y me pregunté qué era lo que tenía que hacer.

”Yo tenía, tiempo atrás, un amigo llamado Maudsley, que fue por mal camino y por entonces acababa de cumplir su condena en Pentonville.²⁹ Un día nos encontramos y empezamos a conversar sobre anécdotas de ladrones y de cómo conseguían librarse de lo que robaban. Sabía que no me delataría, porque yo conocía uno o dos secretos de él; así que decidí que iría a Kilburn, donde él vivía, y que le contaría todo. Él me mostraría cómo convertir la joya en dinero. Pero ¿cómo llegar hasta él sin que me atraparan? Pensé en la angustia que había tenido que pasar al salir del hotel. En cualquier momento podría ser detenido y registrado, y ahí estaba la joya, en el bolsillo de mi chaqueta. En ese momento me apoyé contra la pared y observé los gansos que se balanceaban alrededor de mis pies, y de repente se me ocurrió una idea que me mostró cómo podía engañar hasta al mejor detective que hubiera vivido jamás.

”Unas semanas atrás, mi hermana me había dicho que podía pasar a buscar uno de sus gansos como regalo de Navidad y sabía que siempre cumplía con su palabra. Me

²⁹ Prisión localizada en Barnsbury, al norte de Londres, que opera desde 1816. Por esos años se construyeron varias cárceles en las afueras de la gran ciudad, para poder albergar a muchos convictos cuyos crímenes habían dejado de ser castigados con la pena de muerte.



llevaría el ganso en ese momento, y en él transportaría mi joya hasta Kilburn. Había un pequeño galpón en el patio y atrás de él llevé una de las aves: una muy grande y linda, blanca, con una raya en la cola. La atrapé, le abrí el pico y le metí a la fuerza la joya por la garganta, tan abajo como pude llegar con el dedo. El ave tragó y sentí cómo la piedra pasaba por su garganta y bajaba hasta el buche. Pero el animal aleteaba y luchaba, y llegó mi hermana para ver qué era lo que estaba pasando. Cuando me di vuelta para hablarle, la bestia se soltó y se fue revoloteando junto con las demás.

”—¿Pero qué estabas haciendo con ese ganso, Jem? —me preguntó ella.

”—Bueno —contesté—, es que me dijiste que me ibas a regalar uno para Navidad, y estaba tanteando a ver cuál era el más gordo.

”—Ah —dijo ella—, al tuyo ya te lo separamos... ‘El ganso de Jem’, lo llamamos. Es el grandote blanco que está por allá. En total tenemos veintiséis: uno para ti, uno para nosotros y dos docenas para vender en el mercado.

”—Gracias, Maggie —dije—, pero si te da lo mismo, preferiría llevarme ese que tenía recién acá.

”—El otro tiene, fácil, tres libras³⁰ más de peso —replicó ella—, y lo engordamos expresamente para ti.

”—No me importa. Prefiero este, y me lo llevaré ahora —dije yo.

³⁰ En este caso, se trata de la unidad de peso del sistema inglés. Una libra equivale aproximadamente a 454 gramos.



—Oh, bueno, como quieras —dijo ella, un poco ofuscada—. ¿Cuál es el que quieres, entonces?

—Ese blanco con una raya negra en la cola, el que está justo en el medio de la bandada.

—Oh, muy bien. Mávalo y llévatelo.

—Y bien, hice lo que ella dijo, señor Holmes, y transporté el ave todo el camino hasta Kilburn. Le dije a mi compinche lo que había hecho, porque él es un hombre al que es fácil contarle una cosa así. Él se descostilló de la risa, trajo un cuchillo y abrió el ganso. El corazón se me hizo polvo, porque no había rastros de la joya, y me di cuenta de que había cometido un terrible error. Dejé el ganso y volví volando a lo de mi hermana, después corrí hasta el patio. No había ni un ave a la vista.

—¿Dónde están todos los gansos, Maggie? —grité.

—Ya están en lo del comerciante, Jem.

—¿Cuál comerciante?

—Breckinridge, de Covent Garden.

—Pero... ¿había otro que tuviera la cola rayada? —le pregunté—. ¿Igual que el que elegí yo?

—Sí, Jem: había dos con raya en la cola y nunca los pude diferenciar.

—Y bien, por supuesto ahí entendí lo que había pasado y corrí lo más rápido que me llevaron los pies hasta lo de este tipo, Breckinridge; pero él había vendido todo el lote junto y no quiso decirme ni una palabra de adónde habían ido a parar. Ustedes mismos lo escucharon esta noche. Bueno: cada vez que le pregunté me contestó de



la misma forma. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A veces, yo mismo lo creo. Y ahora... y ahora soy un ladrón hecho y derecho, sin siquiera haber tocado el dinero por el cual vendí mi buen nombre. ¡Que Dios me ayude! ¡Que Dios me ayude!

Estalló en un llanto convulsivo, con la cara tapada entre las manos.

Se hizo un largo silencio, solo interrumpido por su agitada respiración y por el acompasado tamborileo de los dedos de Sherlock Holmes sobre el borde de la mesa. Luego mi amigo se levantó y abrió la puerta.

—¡Lárguese! —dijo.

—¿De verdad, señor? ¡Oh, que Dios lo bendiga!

—Ni una palabra más. ¡Váyase!

Y no fue necesaria ni una palabra más. Se produjo una corrida, un estrépito escaleras abajo, el ruido de un portazo y el repiqueteo seco de pisadas que corrían en la calle.

—Después de todo, Watson —dijo Holmes, mientras extendía la mano para alcanzar su pipa de arcilla—, no fui contratado por la policía para cubrir sus deficiencias. Si Horner estuviera en peligro, eso sería otra cosa; pero este tipo no se presentará a declarar en su contra, y el caso se derrumbará. Supongo que estoy indultando un crimen, pero es igualmente probable que esté salvando un alma. Este hombre no volverá a hacer el mal, está terriblemente asustado. En cambio, envíelo a la cárcel ahora y lo convertirá en ave enjaulada para toda la



vida. Además, estamos en la época del año en que hay que perdonar. La casualidad nos puso entre las manos el problema más extravagante y singular, y su solución es su propia recompensa. Si tiene la amabilidad de tocar la campanilla,³¹ doctor, comenzaremos otra investigación en la que también una avanita será la protagonista.³²

³¹ Se tocaba una campanilla para llamar al ama de llaves o a otro integrante del personal de servicio.

³² Se refiere al siguiente caso de la serie *Las aventuras de Sherlock Holmes*, el cuento titulado “La cinta moteada”, en el que Holmes recibe el pedido de ayuda de una jovencita (la “avancita” que menciona el detective), quien teme por su vida.



La Liga de los Pelirrojos

Un día de otoño del año pasado fui a visitar a mi amigo Sherlock Holmes y lo encontré enfrascado en una conversación con un caballero de edad madura, muy robusto, de rostro encendido y pelo rojo como el fuego.

Tras pedir disculpas por mi intromisión, me disponía a retirarme cuando Holmes me hizo entrar de un tirón y cerró la puerta a mis espaldas.

—No podría haber llegado en mejor momento, mi querido Watson —dijo cordialmente.

—Me pareció que estaba ocupado.

—Lo estoy... y mucho.

—Entonces puedo esperar en la habitación de al lado.

—De ninguna manera. Este caballero, señor Wilson, ha sido mi compañero y colaborador en muchos de mis casos más exitosos y no me cabe la menor duda de que también será de invaluable ayuda en el suyo.

El corpulento caballero se levantó apenas de su silla y saludó con una inclinación de cabeza, acompañada por una rápida mirada curiosa en sus pequeños ojos rodeados de grasa.



—Siéntese en el sofá —me dijo Holmes, se dejó caer de nuevo en su sillón y juntó las puntas de los dedos, como era su costumbre cuando empezaba a reflexionar—. Sé, querido Watson, que comparte usted mi afición por todo lo que es extraño y se sale de las convenciones y la monótona rutina de la vida cotidiana. Dio muestras de su gusto por ello mediante el entusiasmo que lo impulsó a contar y, si me permite decirlo, embellecer en cierta forma tantas de mis pequeñas aventuras.

—Sus casos me han resultado de enorme interés —respondí.

—Recordará usted que el otro día, justo antes de que nos abocáramos a resolver el muy sencillo problema que nos había presentado la señorita Mary Sutherland, le comenté que si queremos resultados extraños y combinaciones extraordinarias, debemos buscarlos en la vida misma, que siempre supera con creces cualquier esfuerzo de la imaginación.

—Una idea que me tomé la libertad de poner en duda.

—Eso hizo, doctor, pero igualmente terminará por aceptar mi punto de vista, pues de lo contrario continuaré amontonando ante usted ejemplo sobre ejemplo, hasta que sus argumentos se derrumben bajo el peso de los hechos y deba reconocer que tengo razón. Pues bien, el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de visitarme esta mañana y comenzó a contarme una historia que promete ser una de las más curiosas que



he escuchado en mucho tiempo. Ya me ha oído usted comentar que las cosas más extrañas e insólitas muy a menudo se hallan conectadas no con los grandes crímenes, sino con los más pequeños; y en ocasiones, por cierto, con casos en los que ni siquiera es claro que se haya cometido algún delito. Con lo que escuché hasta ahora, me resulta imposible afirmar si en este caso hay un crimen o no, pero ciertamente el desarrollo de los hechos está entre los más singulares de los que tuve noticia. Quizá, señor Wilson, tendría usted la amabilidad de recomenzar su relato. No se lo pido únicamente porque mi amigo el doctor Watson no escuchó la primera parte, sino también porque el peculiar carácter de la historia me vuelve ansioso por recibir de sus labios hasta el más mínimo detalle. Como regla general, apenas escucho la más ligera indicación sobre los acontecimientos, soy capaz de guiarme entre los miles de casos similares que acuden a mi memoria. Pero en esta ocasión, me veo obligado a admitir que los hechos son, hasta donde alcanza mi entendimiento, incomparables.

El corpulento cliente hinchó el pecho con lo que parecía ser una especie de orgullo y sacó del bolsillo interior de su abrigo un periódico sucio y arrugado. Mientras él recorría con la vista la columna de los anuncios, con la cabeza inclinada hacia adelante y el papel alisado sobre su rodilla, observé al hombre con atención, esforzándome por interpretar, a la manera de mi compañero, los indicios que pudieran ofrecer sus ropas o su apariencia.



Sin embargo, no obtuve gran cosa de mi inspección. Nuestro visitante era, a todas luces, un típico comerciante británico promedio, obeso, pomposo y lento. Vestía pantalones grises a cuadros, un poco abolsados; una levita negra no demasiado limpia, desabrochada por delante; y un chaleco grisáceo con una cadena de reloj de la que colgaba, como adorno, una pieza de metal con un agujero cuadrado. A su lado, en una silla, descansaban un raído sombrero de copa y un descolorido sobretodo marrón, con el cuello de terciopelo arrugado. En conjunto, y por mucho que lo mirara, no había nada destacable en aquel hombre, excepto su cabellera de un rojo brillante y la expresión de extremo disgusto y malestar en sus facciones.

Los atentos ojos de Sherlock Holmes notaron mis esfuerzos, y él asintió con la cabeza, con una sonrisa, al advertir mis miradas inquisitivas.

—Más allá de los hechos evidentes de que por algún tiempo realizó trabajos manuales, que aspira rapé,¹ que es masón,² que ha estado en China y que últimamente ha escrito mucho, no puedo deducir nada más —dijo.

El señor Jabez Wilson dio un salto en su silla, con el dedo índice aún sobre el papel, pero con los ojos fijos en mi compañero.

¹ El rapé es tabaco en polvo, aromatizado, que se aspira. Su consumo estuvo muy de moda en Europa a partir del siglo XVIII.

² La masonería, o francmasonería, es una logia u organización secreta de personas, con una estricta jerarquía entre sus miembros, que se llaman mutuamente *hermanos* y que comparten ciertas ideas, objetivos o proyectos. Uno de los emblemas de la masonería es un compás abierto sobre una escuadra, herramientas de arquitectura a las que se atribuyen significados simbólicos y espirituales.



—¡Pero por todos los cielos! ¿Cómo supo usted todo eso, señor Holmes? —preguntó—. ¿Cómo averiguó, por ejemplo, que trabajé con las manos? Es tan cierto como el Evangelio, pues mi primer trabajo fue de carpintero de barcos.

—Por sus manos, señor mío. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Trabajó usted con ella, y por eso los músculos están más desarrollados.

—Bien. Pero, ¿y el rapé? ¿Y la masonería?

—No pienso ofender su inteligencia explicándole cómo leí eso, en tanto que, contraviniendo las estrictas normas de secreto de su orden, lleva usted un adorno que representa un compás y una escuadra.

—¡Ah, por supuesto! Lo había olvidado. Pero... ¿y lo de la escritura?

—¿Qué otra cosa podría significar que el puño de su manga derecha tenga cinco pulgadas lustrosas de tanto frotar, mientras que la manga izquierda está desgastada cerca del codo, donde uno se apoya en el escritorio?

—Bueno... ¿Y lo de China?

—El pez que lleva usted tatuado justo arriba de la muñeca derecha únicamente pudo haber sido realizado en China. He llevado a cabo una pequeña investigación sobre los tatuajes, e incluso aporté a la literatura sobre el tema. Ese truco de manchar las escamas con un delicado tono rosa es exclusivo de los tatuajes chinos. Y cuando además veo una moneda china colgando de la cadena de su reloj, la cuestión resulta todavía más sencilla.



El señor Jabez Wilson se echó a reír con fuerza.

—¡Qué bárbaro! —dijo—. Al principio pensé que había demostrado usted una gran astucia, pero ahora veo que no hizo nada del otro mundo, después de todo.

—Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que me equivoco al dar explicaciones. *Omne ignotum pro magnifico*,³ como usted sabe, y mi reputación, pobre y pequeña como es, se derrumbará, si soy tan ingenuo. ¿No encuentra el anuncio, señor Wilson?

—Sí, ya lo tengo —respondió él, con su grueso y colorado dedo plantado a mitad de la columna—. Aquí está. Esto es lo que inició todo. Léalo usted mismo, señor.

Tomé el periódico de sus manos y leí:

A LA LIGA DE LOS PELIRROJOS

A cuenta de la herencia del difunto Ezekiah Hopkins, de Lebanon, Pensilvania, Estados Unidos, se abrió otra vacante que da derecho a un miembro de la Liga a percibir un salario de cuatro libras⁴ a la semana, por servicios puramente nominales. Pueden optar al puesto todos los varones pelirrojos, sanos de cuerpo y de mente y mayores de veintiún años. Presentarse en persona el lunes, a las once en punto, a Duncan Ross, en las oficinas de la Liga, número 7 de Pope's Court, en la calle Fleet.⁵

³ “Todo lo desconocido es considerado magnífico”, en latín.

⁴ La libra es la unidad monetaria de Gran Bretaña.

⁵ El edificio de la Corte Papal, en la calle Flota: una locación en la ciudad de Londres.



—¿Qué diantres significa esto? —exclamé después de haber leído dos veces el insólito anuncio.

Holmes soltó una risita y se retorció en su asiento, como era su costumbre cuando estaba de buen humor.

—Se sale un poco de los senderos conocidos, ¿no es cierto? —dijo—. Y ahora, señor Wilson, empiece por el principio y cuéntenos todo acerca de usted, de su familia y del efecto que este anuncio tuvo sobre sus destinos. Pero primero, doctor, tome nota del periódico y de la fecha.

—Es el *Morning Chronicle* del 14 de agosto⁶ de 1890. Dos meses atrás.

—Muy bien. Adelante, señor Wilson.

—Bueno, como le venía contando, señor Holmes —dijo Jabez Wilson mientras se secaba la frente—, soy dueño de una pequeña casa de préstamos en Coburg Square, cerca del centro. No es un negocio grande y en los últimos años me deja apenas lo suficiente para vivir. Antes tenía dos empleados, pero ahora solo mantengo uno; y me sería difícil pagarle, si no fuera porque está dispuesto a trabajar por la mitad del sueldo, mientras aprende el oficio.

—¿Cuál es el nombre de ese joven tan amable? —preguntó Sherlock Holmes.

⁶ La edición original dice "27 de abril", pero claramente es una errata, pues la cronología del texto establece con exactitud que el periódico es de justo ocho semanas antes del 9 de octubre, el día otoñal en que transcurre esta escena.



—Se llama Vincent Spaulding y no es tan joven, la verdad. Resulta difícil calcular su edad. No podría pedir un ayudante más listo, señor Holmes, y estoy seguro de que él podría conseguir un mejor trabajo y ganar el doble de lo que yo le pago. Pero, después de todo, si él está satisfecho, ¿por qué debería yo meterle ideas en la cabeza?

—Claro, ¿por qué haría eso? Parece haber tenido mucha suerte al encontrar un empleado que se conforma con menos que los precios del mercado. No es algo que le ocurra muy seguido a los empleadores en esta época. Entre su empleado y su anuncio, no sé cuál es más notable.

—Bueno, también tiene sus defectos —dijo el señor Wilson—. Jamás vi a nadie a quien le guste tanto la fotografía. Siempre anda merodeando con la cámara, cuando debería estar cultivando la mente, y luego se zambulle en el sótano como un conejo en su madriguera, para revelar las fotografías. Ese es su principal defecto; pero en general, es un buen trabajador. No tiene vicios.

—Vive con usted, supongo.

—Sí, señor. Él y una chica de catorce años, que cocina un poco y mantiene el lugar limpio... Nadie más vive en la casa, ya que soy viudo y nunca tuve hijos. Los tres llevamos una vida muy simple, señor: tenemos un techo sobre nuestras cabezas y pagamos nuestras cuentas, y poco más que eso.

”El anuncio fue lo primero que nos descolocó. Hace justo ocho semanas, Spaulding bajó a la oficina con este mismo periódico en la mano y dijo:



—¡Señor Wilson! ¡Cómo desearía ser pelirrojo!

—¿Y eso por qué? —pregunté yo.

—Pues porque hay otra vacante en la Liga de los Pelirrojos —replicó—. Es una pequeña fortuna para quien sea que la cubra y tengo entendido que hay más vacantes que personas que puedan ocuparlas, así que los administradores ya no saben qué hacer con el dinero. Si tan solo mi pelo cambiara de color, ese puesto me vendría como anillo al dedo.

—Pero ¿de qué se trata, qué es eso? —pregunté.

—Verá usted, señor Holmes, es que salgo poco de mi casa, y como mi negocio viene a mí en lugar de tener que ir yo a buscarlo, a menudo pasan semanas sin que mis pies viajen más allá del felpudo de la puerta. Por eso no estoy muy informado sobre lo que ocurre afuera y siempre me viene bien escuchar algunas noticias.

—¿Nunca oyó hablar de la Liga de los Pelirrojos? —preguntó Spaulding con los ojos muy abiertos.

—Nunca.

—Me sorprende muchísimo, ya que usted podría optar por uno de los puestos vacantes.

—¿Y qué obtendría? —le pregunté.

—Oh, no más que un par de cientos al año, pero el trabajo es mínimo y apenas interfiere con las demás ocupaciones que uno tenga.

—Bueno, podrá imaginar que eso me hizo parar las orejas, pues el negocio no marchaba maravillosamente los últimos años, y unos centenares de libras extras me vendrían más que bien.



—Cuénteme todo lo que sepa —le dije.

—Pues bien —dijo, enseñándome el anuncio—, ya ve que existe una vacante en la Liga, y aquí está la dirección en la que deben presentarse los aspirantes. Por lo que pude averiguar, la Liga fue fundada por un millonario estadounidense, Ezekiah Hopkins, un tipo raro, bastante excéntrico. Él era pelirrojo y sentía una gran simpatía por todos los pelirrojos, de manera que cuando murió se supo que había dejado toda su enorme fortuna en manos de unos administradores, con instrucciones de que invirtieran los intereses en proporcionar empleos cómodos a personas cuyo cabello fuera de ese color. Según lo que escuché, la paga es espléndida y no hay que hacer casi nada.

—Pero seguramente habrá millones de pelirrojos que se postulen para el puesto —dije yo.

—No tantos como uno podría pensar —respondió—. Verá, la oferta está limitada a los londinenses varones mayores de edad. Aquel estadounidense había vivido en Londres, de joven, y quería hacer algo en favor de su vieja ciudad. Y además, oí que es inútil presentarse si uno tiene el pelo rojo claro o rojo muy oscuro, o de cualquier otro tono que no sea un rojo intenso y brillante. Pero si usted se presentara, señor Wilson, lo tomarían de inmediato; aunque quizá no valga la pena que se tome tantas molestias por unos pocos cientos de libras.



”Ahora bien, caballeros; es un hecho, como pueden ver, que mi pelo es de un tono muy pleno e intenso, así que me pareció que, por mucha competencia que hubiera, en esta cuestión no había nadie que tuviera mejores posibilidades que yo. Vincent Spaulding parecía estar tan informado del asunto que pensé que podría resultarme útil, de modo que le dije que cerrara todo en ese mismo instante y me acompañara. Él se mostró encantado por el asueto, así que cerramos el negocio y partimos hacia la dirección que daba el anuncio.

”No creo que vuelva a ver en mi vida un espectáculo parecido, señor Holmes. Del norte, del sur, del este y del oeste, cada persona cuyo cabello tuviera una pizca de color rojo se había plantado en el centro de la ciudad en respuesta al anuncio. La calle Fleet estaba repleta de pelirrojos y el edificio de Pope’s Court parecía el carro de un vendedor de naranjas. Nunca pensé que hubiera en todo el país tantos pelirrojos como los que habían sido reunidos por aquel simple anuncio. Tenían todos los matices de rojo posibles: pajizo, alimonado, anaranjado, ladrillo, *setter* irlandés, hígado, arcilla... Pero, tal como había dicho Spaulding, no había muchos que presentaran un tono puro de rojo fuego. Cuando vi que eran tantos los que se arremolinaban allí, me desanimé y estuve a punto de arrepentirme; pero Spaulding no me dejó abandonar. No sé ni cómo hizo, pero empujó y tiró y arremetió hasta que me hizo atravesar la multitud y subimos la escalera que llevaba hasta la oficina. En la escalera había una doble hilera de personas:



unos subían esperanzados, y otros bajaban rechazados; pero también nos las arreglamos allí para abrirnos paso, y pronto nos encontramos dentro de la oficina.

—Su experiencia ha sido de lo más entretenida —comentó Holmes, mientras su cliente hacía una pausa y refrescaba su memoria con una buena pizca de rapé—. Le ruego que continúe con su interesantísima exposición.

—En la oficina no había nada excepto un par de sillas de madera y una pequeña mesa, tras la cual se sentaba un hombre de corta estatura, con una cabellera aún más roja que la mía. Intercambiaba un par de palabras con cada candidato que se presentaba y luego siempre encontraba en ellos algún defecto que los descalificaba. Conseguir el puesto no parecía una tarea tan sencilla después de todo. Sin embargo, cuando nos llegó el turno, el hombrecito se mostró más favorable a mí que a ningún otro, y cerró la puerta apenas entramos, para poder hablarnos en privado.

—Este es el señor Jabez Wilson —dijo mi empleado—, desea cubrir la vacante en la Liga.

—Y está admirablemente dotado para ello —respondió el otro—. Cumple todos los requisitos. No recuerdo haber visto nada tan perfecto.

”Retrocedió un paso, inclinó la cabeza a un costado y clavó la mirada en mi pelo hasta que empecé a sentir vergüenza. Entonces, de repente, se abalanzó hacia mí, me estrechó la mano y me felicitó calurosamente por mi éxito.



—Sería una injusticia tener dudas —declaró—. Sin embargo, estoy seguro de que me perdonará por tomar una precaución obvia.

—Mientras decía eso, me agarró del pelo con las dos manos y tiró de él hasta hacerme gritar de dolor.

—Veo lágrimas en sus ojos —dijo cuando me soltó—. Entonces, todo está como es debido. Es que debemos ser muy cuidadosos, pues ya nos han engañado dos veces con pelucas y una, con tintura. Podría contarle historias sobre betún de zapatos que lo harían sentirse asqueado de la naturaleza humana.

—Se acercó a la ventana y gritó desde ella, a toda voz, que el puesto había sido cubierto. Un gruñido desilusionado nos llegó desde abajo, y toda la gente se desparramó en distintas direcciones hasta que no quedó una sola cabeza roja a la vista, salvo la mía y la del gerente.

—Mi nombre es Duncan Ross —dijo— y yo mismo soy uno de los beneficiados por el fondo legado por nuestro noble benefactor. ¿Está usted casado, señor Wilson? ¿Tiene usted familia?

—Le respondí que no.

—Al instante se le formó una mueca en la cara.

—¡Oh, no! —exclamó muy serio—. ¡Esto es muy grave, por cierto! Lamento oírlo decir eso. El legado fue instituido, por supuesto, para favorecer la propagación y expansión de los pelirrojos, y no solo su mantenimiento. Es extremadamente desafortunado que esté usted soltero.



”Al escuchar eso puse una cara muy larga, señor Holmes, pues pensé que no obtendría la vacante después de todo; pero después de pensarlo durante unos minutos, él dijo que todo estaría bien.

”—De tratarse de otro —dijo—, la objeción habría sido fatal, pero creo que debemos ser un poco flexibles a favor de un hombre con una cabellera como la suya. ¿Cuándo podrá hacerse cargo de sus nuevas tareas?

”—Bueno, hay un pequeño inconveniente, pues yo ya tengo un negocio propio —dije.

”—¡Oh, eso no tiene importancia, señor Wilson! —intervino Vincent Spaulding—. Yo puedo ocuparme del negocio por usted.

”—¿Cuál sería el horario? —pregunté.

”—De diez de la mañana a dos de la tarde.

”Ahora bien, el negocio del prestamista se hace principalmente al caer la tarde, señor Holmes, en especial al anochecer del jueves y del viernes, es decir, justo antes del día de paga; así que me venía perfecto ganar algo de dinero por las mañanas. Además, sabía que mi empleado era un buen hombre y que podría manejar por su cuenta cualquier cosa que sucediera.

”—Me parece muy bien —acepté—. ¿Y la paga?

”—Cuatro libras a la semana.

”—¿Y el trabajo?

”—Es puramente nominal.

”—¿A qué llama usted *puramente nominal*?



—Bueno, tiene que permanecer en la oficina, o al menos en el edificio, todo el tiempo. Si se fuera, estaría abandonando el puesto para siempre. El testamento es muy claro en este punto: usted no estaría cumpliendo con las condiciones, si se ausentara de la oficina durante su horario.

—Son apenas cuatro horas al día, no pensaría en ausentarme —aclaré.

—No se aceptará ninguna excusa —insistió Duncan Ross—. Ni enfermedad, ni negocios, ni ocios, ni nada. Tiene que quedarse aquí o pierde su lugar.

—¿Y cuál es el trabajo?

—Consiste en copiar a mano la *Enciclopedia Británica*.⁷ El primer tomo está ahí, en aquel estante. Deberá usted proveerse de tinta, de plumas de escribir y de papel secante; nosotros proporcionamos esta mesa y esta silla. ¿Estará listo para comenzar mañana?

—Desde luego —le respondí.

—Entonces, hasta luego, señor Jabez Wilson, y permítame felicitarlo una vez más por el importante puesto que ha tenido la suerte de ganar.

Se despidió de mí con una reverencia, y yo volví a casa con mi asistente sin saber bien qué decir ni qué hacer, de tan contento que me sentía por mi buena suerte.

⁷ La *Enciclopedia Británica* fue, durante más de doscientos años, una de las principales obras informativas del mundo. Reunía artículos escritos por más de 4.000 colaboradores y ocupaba, a fines del siglo XIX, unos 25 gruesos volúmenes. Actualmente sigue existiendo, pero ya no impresa en papel, sino en soporte digital, y es mucho menos consultada que otras enciclopedias *online*.



”Y bien, estuve pensando todo ese día en la cuestión y al llegar la noche de nuevo había perdido todo el entusiasmo, pues me había persuadido de que todo aquel asunto tenía que ser una gigantesca estafa o un fraude, aunque no podía imaginar cuál podría ser su objetivo. Parecía absolutamente increíble que alguien dejara un testamento semejante y que se pagara tal suma de dinero por hacer algo tan simple como copiar la *Enciclopedia Británica*. Vincent Spaulding hizo todo lo posible por animarme, pero a la hora de acostarme yo ya había decidido desentenderme del tema. Sin embargo, a la mañana siguiente decidí darle una oportunidad al asunto de todas formas, así que compré una botellita de tinta de un penique, y con una pluma y siete pliegos de papel, me dirigí a Pope’s Court.

”Para mi sorpresa y satisfacción, todo salió a pedir de boca. La mesa ya había sido preparada para mí y el señor Duncan Ross estaba allí para comprobar que me abocara al trabajo sin problemas. Me dijo que empezara por la letra A y me dejó solo; pero reaparecía de vez en cuando para comprobar que todo marchara bien. A las dos en punto me deseó buenas tardes, me felicitó por lo mucho que había escrito y cerró la puerta de la oficina cuando salí.

”Todo siguió igual un día tras otro, señor Holmes, y el sábado se presentó el gerente y me pagó cuatro soberanos por mi trabajo de la semana. Lo mismo ocurrió la semana siguiente y lo mismo una semana después. Cada mañana, yo llegaba a las diez y cada tarde me marchaba a las dos. Poco a poco, las visitas de Duncan



Ross se fueron limitando a una sola cada mañana y, tiempo después, dejó de aparecer. Aun así, por supuesto, yo nunca me atrevía a salir de la habitación ni por un instante, pues no estaba seguro de cuándo podría venir, y el trabajo era tan bueno y me venía tan bien que no quería arriesgarme a perderlo.

”De este modo pasaron ocho semanas, y ya había escrito sobre abades y armaduras y arquería y arquitectura y Asia, y esperaba muy pronto llegar a la B, si me aplicaba. Llevaba gastada una buena suma en papel, y ya casi había llenado un estante con mis escritos. Y entonces, de pronto, todo terminó.

—¿Terminó?

—Sí, señor. Y fue esta misma mañana. Llegué a mi trabajo como de costumbre a las diez en punto, pero la puerta estaba cerrada con llave y un pequeño rectángulo de cartulina había sido clavado en la madera con una chinche. Aquí está, puede leer usted mismo.

Extendió un trozo de cartulina blanca, aproximadamente del tamaño de una página de cuaderno. En ella se leía esto:

*La Liga de los Pelirrojos
ha sido disuelta
9 de octubre de 1890*



Sherlock Holmes y yo examinamos aquel breve anuncio y la cara triste que asomaba detrás, hasta que el aspecto cómico de la cuestión dominó tan completamente las demás consideraciones que ambos nos echamos a reír a carcajadas.

—No sé qué les causa tanta gracia —exclamó nuestro cliente, sonrojándose hasta las raíces de su llameante cabello—. Si no pueden hacer nada mejor que reírse de mí, puedo ir a otro lado.

—¡No, no! —exclamó Holmes, empujándolo de nuevo hacia la silla de la que se había levantado—. No me perdería su caso por nada del mundo. Es refrescantemente inusual. Pero hay aquí, si me perdona que lo diga, algo que resulta un poco gracioso. Por favor, dígame: ¿qué pasos dio usted después de encontrar la tarjeta en la puerta?

—Me quedé anonadado, señor. No sabía qué hacer. Entonces golpeé las puertas de las oficinas de alrededor, pero en ninguna parecían saber nada del asunto. Por último, me dirigí al administrador, un contador que vive en la planta baja, y le pregunté si sabía qué había ocurrido con la Liga de los Pelirrojos. Me contestó que jamás había oído hablar de semejante cosa. Entonces le pregunté por el señor Duncan Ross. Respondió que nunca antes había escuchado ese nombre.

”—Bueno —dije yo—, me refiero al caballero de la oficina 4.

”—Ah, ¿el pelirrojo?

”—Sí.



—¡Oh! —dijo—. Se llama William Morris. Es abogado y estaba utilizando el local como despacho temporario, hasta que estuvieran listas sus nuevas oficinas. Se mudó ayer.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Pues en sus nuevas oficinas. Me dio la dirección... Sí, ya recuerdo: calle King Edward número 17, cerca de la iglesia de San Pablo.

—Fui hasta allí, señor Holmes, pero cuando llegué a esa dirección me encontré con que había una fábrica de rótulas ortopédicas y nadie en el lugar había escuchado nunca los nombres William Morris ni Duncan Ross.

—¿Y qué hizo luego? —preguntó Holmes.

—Volví a mi casa en Coburg Square y le pedí consejo a mi asistente. Pero no pudo ayudarme. Lo único que me dijo es que, si esperaba, quizá recibiera noticias por correo. Pero eso no me alcanzaba, señor Holmes. Yo no quería perder un empleo tan bueno sin dar batalla, y como había oído que usted tenía la amabilidad de aconsejar a la pobre gente que necesitaba ayuda, vine directamente a verlo.

—Y tomó usted una sabia decisión —dijo Holmes—. Su caso es extremadamente notable y me encantará darle un vistazo. Por lo que me ha contado, creo que es posible que estén en juego asuntos más graves de lo que pudiera parecer a simple vista.

—¡Claro que es grave! —dijo el señor Jabez Wilson—. ¡Perdí cuatro libras a la semana!



—En lo que le afecta personalmente —recalcó Holmes—, no veo que tenga motivos de queja contra esta extraordinaria liga. Por el contrario, usted es ahora, a mi parecer, unas treinta libras más rico, sin mencionar los detallados conocimientos que adquirió sobre cada uno de los temas que empiezan con la letra A. No le hicieron perder nada.

—Es cierto. Pero quiero averiguar algo sobre ellos, saber quiénes son y qué se proponían al hacerme esta broma... si fue una broma. Un chiste que les salió bastante caro, pues les costó treinta y dos libras.

—Nos esforzaremos por aclarar esos puntos para usted. Pero antes, una o dos preguntas, señor Wilson. Ese empleado suyo, que fue quien primero le mostró el anuncio... ¿cuánto tiempo llevaba trabajando con usted?

—En ese momento llevaba cerca de un mes.

—¿Cómo llegó al puesto?

—En respuesta a un anuncio.

—¿Fue el único aspirante?

—No, recibí una docena.

—¿Y por qué lo eligió a él?

—Porque parecía hábil y se ofrecía barato.

—A la mitad del salario, de hecho.

—Así es.

—¿Cómo es este Vincent Spaulding?

—Bajo, ancho de espaldas, rápido en sus movimientos, sin barba ni bigote, aunque no tendrá menos de



treinta años. Tiene una mancha blanca de ácido en la frente.

Holmes se incorporó en su asiento con gran ansiedad.

—Me lo había figurado —dijo—. ¿Acaso se fijó si tiene las orejas perforadas para llevar aros?

—Sí, señor. Me dijo que se las había agujereado una gitana cuando era jovencito.

—¡Ajá! —exclamó Holmes y se sumió en una profunda reflexión—. ¿Sigue aún trabajando con usted?

—¡Oh, sí, señor! Acabo de dejarlo.

—¿Y su negocio estuvo bien atendido durante el tiempo en que usted estuvo ausente?

—Nada de qué quejarse, señor. Nunca hay demasiado para hacer, por las mañanas.

—Con eso es suficiente, señor Wilson. Tendré el gusto de darle una opinión sobre el tema dentro de uno o dos días. Hoy es sábado... y espero que para el lunes hayamos llegado a una conclusión.

Cuando nuestro visitante se marchó, Holmes me dijo:

—Y bien, Watson, ¿qué conclusión saca usted de todo esto?

—No saco nada —respondí con franqueza—. Es un asunto de lo más misterioso.

—Como regla general —replicó Holmes—, cuanto más extraña parece una cosa, menos misteriosa resulta ser. Son los delitos comunes y corrientes, sin nada destacable, los que son verdaderamente desconcertantes, del mismo modo que un rostro común y corriente resulta



más difícil de identificar. Tengo que abocarme ya mismo a este caso.

—¿Qué va usted a hacer? —pregunté.

—Voy a fumar —respondió—. Es un problema de al menos tres pipas, así que le ruego que no me hable durante cincuenta minutos.

Se enroscó en su silla, con las flacas rodillas levantadas casi hasta la nariz aguileña, y allí se quedó sentado, con los ojos cerrados y su pipa de arcilla negra sobresaliendo como el pico de un pájaro raro. Yo había llegado ya a la conclusión de que se había quedado dormido, y de hecho yo mismo empezaba a dar cabezadas de sueño, cuando de pronto saltó de su asiento con la expresión de quien acaba de decidir algo importante, y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

—Esta tarde toca Sarasate⁸ en el salón Saint James⁹ —comentó—. ¿Qué le parece, Watson? ¿Podrán sus pacientes prescindir de usted por unas horas?

—No tengo nada que hacer hoy. Mi trabajo nunca es muy absorbente.

—Entonces, póngase el sombrero y venga. Antes tengo que pasar por el centro... y podemos comer algo por el camino. Vi que hay en el programa mucha música alemana, que resulta más de mi gusto que la italiana o la francesa. Es reflexiva, y yo quiero reflexionar. ¡En marcha!

⁸ Pablo de Sarasate (1844-1908) fue un famoso violinista español que dio conciertos en muchas ciudades de Europa, incluida Londres.

⁹ El Saint James Hall es un salón de conciertos ubicado cerca del centro de Londres.



Viajamos en el subterráneo¹⁰ hasta Aldersgate y una corta caminata nos llevó a Coburg Square, el escenario de la curiosa historia que habíamos escuchado por la mañana. Era un vecindario pobretón, simple pero a la vez digno, con cuatro hileras de deslucidas casas de ladrillo de dos pisos que rodeaban un patio vallado, donde un manto de yuyos y unas pocas plantas mustias de laurel le presentaban fiera batalla a un ambiente poco amigable y cargado de humo. Tres esferas doradas y un cartel marrón que decía JABEZ WILSON escrito en letras blancas en una de las casas de la esquina anunciaban el local donde nuestro cliente pelirrojo llevaba adelante su negocio. Sherlock Holmes se detuvo frente a la casa con la cabeza inclinada hacia un costado, y la examinó detenidamente; sus ojos asomaban brillantes bajo los párpados fruncidos. Entonces, caminó lentamente por la calle y luego regresó de nuevo hacia la esquina, sin dejar de observar las casas con atención. Por último, llegó otra vez a la casa del prestamista y, tras golpear vigorosamente dos o tres veces sobre el pavimento de la calle con su bastón, se acercó a la puerta y llamó. Al instante abrió un joven de aspecto inteligente y bien afeitado, quien lo invitó a pasar.

—Gracias —dijo Holmes—. Pero solo quería preguntar cómo se llega desde aquí a la avenida Strand.

—Camine tres calles a la derecha y cuatro a la izquierda —respondió sin demora el empleado y cerró la puerta.

¹⁰ Londres fue la primera ciudad en el mundo en tener trenes subterráneos. La primera línea de metro londinense comenzó a funcionar en 1863.



—Un tipo muy listo —comentó Holmes mientras nos alejábamos—. En mi opinión, él es el cuarto hombre más inteligente de Londres; y en cuanto a audacia, no sé si no podría aspirar a ser el tercero. Ya he escuchado cosas sobre él antes.

—Evidentemente —dije yo—, el asistente del señor Wilson tiene un importante papel en este misterio de la Liga de los Pelirrojos. Estoy seguro de que usted hizo aquella pregunta solamente para poder verlo a él.

—No a él.

—Entonces, ¿qué?

—Quería ver las rodilleras de sus pantalones.

—¿Y qué es lo que vio?

—Lo que esperaba ver.

—¿Por qué golpeó el pavimento?

—Mi querido doctor, este es un buen momento para observar, no para hablar. Somos espías en territorio enemigo. Ya sabemos algo de Coburg Square. Exploremos ahora qué se esconde detrás.

Cuando dimos vuelta la esquina de la alejada Coburg Square, llegamos a una calle que presentaba un gran contraste con aquella, tanto como el anverso de una pintura se diferencia del reverso. Era una de las arterias principales por las cuales el tránsito del centro se deriva hacia el norte y hacia el oeste. La calle estaba bloqueada por la inmensa corriente de tránsito que fluía en una doble marea por el carril interior y por el exterior, y las veredas se veían atiborradas por el apurado enjambre de los



peatones. Al observar la sucesión de comercios elegantes y de oficinas majestuosas, era difícil de creer que por el otro lado estuvieran pegados a la inactiva y marchita plaza que acabábamos de dejar atrás.

—A ver —dijo Holmes, parándose en la esquina y mirando la hilera de edificios—. Debería poder recordar el orden de las casas de aquí. Una de mis aficiones es conocer Londres hasta los más mínimos detalles. Está la tienda de tabacos Mortimer, el puesto de periódicos, la sucursal Coburg del City Bank, el restaurante vegetariano y las cocheras McFarlane. Y así llegamos a la siguiente cuadra. Ahora, doctor, ya terminamos nuestro trabajo, así que es hora de divertirnos un poco. Un sándwich y una taza de café, y luego directo al país de los violines, donde todo es dulzura y delicadeza y armonía, y donde no hay clientes pelirrojos que nos fastidien con sus rompecabezas.

Mi amigo era un músico entusiasta, pues además de un intérprete muy hábil, también demostró ser un compositor de indudable mérito. Durante toda la velada se quedó sentado en su butaca, envuelto en la más perfecta felicidad, mientras movía sus largos y delgados dedos al compás de la música; era casi imposible de concebir que esa sonrisa apacible y esos ojos lánguidos y soñadores fueran los mismos de Holmes, el sabueso; Holmes, el implacable, el astuto, el infalible captor de criminales. En este singular personaje, esa naturaleza dual se manifestaba alternativamente, y muchas veces pensé que su extrema



exactitud y su astucia representaban una reacción contra la sensibilidad poética y contemplativa que ocasionalmente lo dominaba. La oscilación de su carácter lo llevaba de una languidez extrema a una energía devoradora y, como yo sabía bien, él nunca se mostraba tan formidable como después de pasar días enteros despatarrado en su sillón, entre sus improvisaciones musicales y sus libros antiguos. Era entonces cuando lo poseía el ansia de la cacería, y su brillante poder de deducción se elevaba al nivel de la intuición, hasta que aquellos que no estaban familiarizados con sus métodos lo miraban asombrados, como se mira a un hombre cuyo saber va más allá que el del resto de los mortales. Cuando lo vi aquella tarde en el salón Saint James, tan absorto en la música, sentí que estaba por desatarse una terrible tormenta sobre aquellos a quienes él se había propuesto cazar.

—Sin duda usted querrá ir a su casa, doctor —comentó en cuanto salimos.

—Sí, ya es hora de volver.

—Y yo tengo que hacer algo que me llevará algunas horas. Este asunto de Coburg Square es muy grave.

—¿Por qué es grave?

—Se está preparando un delito importante. Tengo motivos para creer que llegaremos a tiempo de impedirlo, pero que hoy sea sábado complica las cosas. Tal vez necesite de su ayuda esta noche.

—¿A qué hora?

—A las diez estará bien.



—Estaré en la calle Baker a las diez.

—Muy bien. Y le aviso, doctor, que puede haber algo de peligro, así que tenga la amabilidad de ponerse en el bolsillo su revólver del Ejército.

Me saludó con un gesto de la mano, dio media vuelta y en un instante desapareció entre la gente.

Confío en que no soy más tonto que cualquiera de mis vecinos, pero en mi trato con Sherlock Holmes siempre me sentía agobiado por la percepción de mi propia estupidez. Aquí había oído lo mismo que él había oído, había visto lo mismo que él había visto, y sin embargo, a juzgar por sus palabras, era evidente que él sabía con claridad no solo lo que había ocurrido, sino también lo que estaba por ocurrir, mientras que para mí todo el asunto seguía siendo confuso y grotesco. Camino a mi casa en Kensington, lo repasé todo en mi mente: desde la extraordinaria historia del pelirrojo copiador de la enciclopedia hasta la visita a Coburg Square y las inquietantes palabras con las que Holmes se había despedido de mí. ¿Qué era aquella expedición nocturna, y por qué yo tenía que ir armado? ¿Adónde íbamos y qué íbamos a hacer? Holmes me había dado la pista de que aquel imberbe empleado del prestamista era un hombre formidable... un hombre implicado en un juego importante. Traté de descifrarlo, pero terminé rindiéndome, decepcionado, y decidí dejar de pensar en la cuestión hasta que la noche aportara alguna explicación.



A las nueve y cuarto salí de casa, crucé el parque y recorrí la calle Oxford hasta llegar a la Baker. Dos carruajes esperaban en la puerta y al entrar en el vestíbulo escuché voces arriba. Al entrar en su habitación, encontré a Holmes en animada conversación con dos hombres, uno de los cuales identifiqué como Peter Jones, agente de policía, mientras que el otro era un hombre alto, delgado, de cara triste, con un sombrero muy lustroso y un abrigo abrumadoramente respetable.

—¡Ajá! Nuestro equipo está completo —dijo Holmes, mientras se abotonaba su chaqueta y tomaba del perchero su pesada fusta—. Watson, creo que ya conoce al señor Jones, de Scotland Yard.¹¹ Permítame que le presente al señor Merryweather, quien será nuestro acompañante en la aventura de esta noche.

—Ya ve, doctor, otra vez vamos a cazar en parejas —dijo Jones con su habitual tono serio—. Nuestro amigo aquí presente es maravilloso, para organizar cacerías. Solamente necesita un perro viejo que lo ayude a encerrar a la presa.

—Espero que al final no resulte que hemos cazado un ganso salvaje¹² —comentó el señor Merryweather sombríamente.

¹¹ Scotland Yard es el nombre coloquial con que se conoce a la policía metropolitana de Londres. Ese nombre se originó en que las oficinas de ese cuerpo policial, ubicadas en Whitehall Place número 4, tenían una puerta trasera que daba a la calle Great Scotland Yard.

¹² Cazar un ganso salvaje (“*a wild goose chase*”, en inglés) es una frase utilizada para referirse a una búsqueda inútil.



—Puede depositar una considerable confianza en el señor Holmes, caballero —dijo el policía con orgullo—. Tiene sus métodos un poco especiales, que son, si me permite decirlo, un poquito demasiado teóricos y fantasiosos; pero tiene madera de detective. No exagero si digo que en una o dos ocasiones, como en aquel caso del crimen de Sholto y en el del tesoro de Agra, se acercó más a la verdad que las fuerzas policiales.

—Oh, si usted lo dice, señor Jones, estoy de acuerdo —aceptó el desconocido—. Igualmente, confieso que extraño mi partida de naipes. Es el primer sábado en veintisiete años que faltó a mi partida.

—Creo que comprobará —dijo Sherlock Holmes— que esta noche jugará con las apuestas más altas de su vida y que el juego será más apasionante. Para usted, señor Merryweather, la apuesta será de unas treinta mil libras; y para usted, Jones, será el hombre al que tanto desea atrapar.

—John Clay, el asesino, ladrón, estafador y falsificador. Clay es un muchacho joven, señor Merryweather, pero ya está en la cumbre de su profesión y preferiría ponerle las esposas a él antes que a ningún otro criminal de Londres. Un tipo notable, el joven John Clay. Su abuelo fue un duque de sangre real; y él estudió en Eton y en Oxford.¹³ Su cerebro es tan hábil como sus dedos y aunque encon-

¹³ Eton College es uno de los más distinguidos y antiguos colegios secundarios de Gran Bretaña; Oxford, en las cercanías de Londres, es quizás la universidad más prestigiosa del mundo.



tramos rastros suyos a cada paso, nunca sabemos dónde encontrarlo a él. Una semana puede robar una caja fuerte en Escocia y a la semana siguiente recaudar fondos para construir un orfanato en Cornualles. Llevo años siguiéndole la pista y jamás pude verlo frente a frente.

—Espero tener el placer de presentárselo esta noche. Yo tuve también uno o dos pequeños roces con el señor John Clay y estoy de acuerdo en que se encuentra en la cumbre de su profesión. Pero ya son más de las diez y es hora de que nos pongamos en marcha. Ustedes dos tomen el primer carruaje, Watson y yo los seguiremos en el segundo.

Sherlock Holmes no se mostró muy comunicativo durante el largo recorrido; se quedó tumbado en su asiento del coche mientras tarareaba las melodías que había escuchado por la tarde. Avanzamos traqueteadando por un interminable laberinto de callejuelas iluminadas con faroles, hasta que emergimos en la calle Farrington.

—Ya estamos cerca —comentó mi amigo—. Este Merryweather es un gerente de banco y el asunto le interesa de manera personal. También me pareció conveniente que nos acompañara Jones. No es mal tipo, aunque es un completo imbécil en su profesión. Sin embargo, posee una virtud: es valiente como un bulldog y tenaz como una langosta cuando cierra sus pinzas sobre alguien. Ya llegamos, nos están esperando.



Nos encontrábamos en la misma calle concurrida en la que habíamos estado a la mañana. Despedimos a nuestros carruajes y, siguiendo la guía del señor Merryweather, nos metimos en un estrecho callejón y entramos por una puerta lateral que él nos abrió. Adentro había un corto pasillo que terminaba en una pesadísima puerta de hierro. También esta fue abierta, y llegamos a una escalera de caracol con peldaños de piedra que bajaba hasta otra puerta formidable. El señor Merryweather se detuvo para encender un farol y luego nos condujo por un pasillo oscuro que olía a tierra y así, tras abrir una tercera puerta, llegamos a una enorme bóveda o bodega, repleta de grandes cajas y cajones.

—Ustedes no son muy vulnerables por arriba —comentó Holmes, mientras sostenía el farol en alto y miraba sobre su cabeza.

—Ni por abajo —respondió el señor Merryweather, golpeando con su bastón las losas que pavimentaban el suelo—. Pero... ¡no puede ser! ¡Esto suena a hueco! —exclamó sorprendido.

—Debo pedirle que no haga tanto ruido —dijo Holmes con tono severo—. Acaba de poner en peligro el éxito de toda nuestra expedición. ¿Puedo pedirle que tenga la bondad de sentarse en una de esas cajas y no interferir?

El solemne señor Merryweather se instaló sobre un cajón, con cara de ofendido, mientras Holmes se



arrodillaba en el suelo y, con ayuda del farol y de una lupa, empezaba a examinar minuciosamente las rendijas que había entre las losas de piedra. Pareció quedar satisfecho en pocos segundos, pues se puso de nuevo en pie y guardó su lupa en el bolsillo.

—Tenemos al menos una hora —dijo—, porque difícilmente puedan hacer nada hasta que el bueno del prestamista se haya ido a la cama. Entonces no perderán ni un minuto, pues cuanto antes hagan su trabajo, más tiempo tendrán para escapar. En este momento estamos, doctor, como sin duda habrá adivinado, en el sótano de la sucursal del centro de uno de los principales bancos de Londres. El señor Merryweather es el gerente general y le explicará las razones por las que los delincuentes más atrevidos de Londres se interesarían tanto en su sótano por estos días.

—Es nuestro oro francés —susurró el director—. Hemos tenido varios avisos de que podrían intentar robarlo.

—¿Su oro francés?

—Sí. Unos meses atrás decidimos reforzar nuestras reservas y por este motivo pedimos prestados al Banco de Francia treinta mil napoleones de oro. Se supo la noticia de que no tuvimos tiempo de desembalar el dinero y de que este se halla aún en nuestra bóveda. La caja sobre la que estoy sentado contiene dos mil monedas de oro empaquetadas entre láminas de plomo. En estos momentos, nuestras reservas en metálico son mucho mayores que lo



que se suele guardar en una sola sucursal y los directores se sienten intranquilos por esta cuestión.

—Tienen muy buenas razones para sentirse así —replicó Holmes—. Y ahora es el momento de poner en orden nuestros pequeños planes. Calculo que en menos de una hora se desencadenará todo. Entretanto, señor Merryweather, debemos tapar el farol.

—¿Y quedarnos a oscuras?

—Me temo que sí. He traído en mi bolsillo una baraja de naipes y pensaba que, puesto que somos cuatro, iba usted a poder jugar su partida después de todo. Pero me doy cuenta de que los preparativos del enemigo están tan avanzados que no podemos arriesgarnos a tener una luz encendida. En primer lugar, tenemos que tomar posiciones. Esta gente es muy osada y, aunque los tomemos por sorpresa, podrían lastimarnos si no somos cuidadosos. Yo me pondré detrás de este cajón y ustedes escóndanse detrás de aquellos. Entonces, cuando yo destape el farol y ellos queden iluminados, ustedes rodéenlos de inmediato. Y si disparan, Watson, no tenga reparos en derribarlos a tiros.

Coloqué mi revólver, amartillado, encima de la caja de madera tras la cual me había agazapado. Holmes corrió la pantalla negra del frente del farol y nos dejó en total oscuridad; la oscuridad más absoluta que yo hubiera experimentado. Tan solo el olor del metal caliente nos recordaba que la luz del farol seguía ahí, preparada para brillar en el instante preciso. Para mí, que tenía los



nervios de punta por la ansiedad, había algo deprimente y siniestro en aquellas súbitas tinieblas y en el húmedo aire frío de la bóveda.

—Solo tienen una vía de retirada —susurró Holmes—, que es regresar a la casa y salir a Coburg Square. Espero que haya hecho lo que le pedí, Jones.

—Tengo un inspector y dos agentes esperando delante de la puerta.

—Entonces, hemos tapado todos los agujeros. Y ahora, debemos quedarnos callados y esperar.

¡Qué larga pareció la espera! Al comparar notas después, resultó que apenas pasó una hora y cuarto, pero a mí me parecía que había pasado casi toda la noche y que arriba de nosotros ya estaría amaneciendo. Mis piernas estaban doloridas y tías, porque no me atrevía a cambiar de postura; pero mis nervios habían alcanzado el límite máximo de tensión, y mi oído se había agudizado tanto que no solo podía oír la suave respiración de mis compañeros, sino que llegaba a distinguir las profundas y pesadas inspiraciones del corpulento Jones y el tono ligero y suspirante del banquero. Desde mi posición, podía mirar por arriba del cajón hacia el piso. De pronto, mis ojos captaron el destello de una luz.

Al principio fue apenas una débil chispa sobre el pavimento de piedra. Luego se extendió hasta convertirse en una línea amarilla y entonces, sin previo aviso y sin ruidos, pareció abrirse una grieta y apareció una mano: una mano blanca, casi femenina, que tanteó alrededor, en el centro de



la pequeña zona iluminada. Durante cerca de un minuto, tal vez más, la mano siguió sobresaliendo del suelo, con sus dedos inquietos. Luego se retiró tan de repente como había aparecido y todo volvió a quedar a oscuras, excepto por el débil resplandor que señalaba una rendija entre las piedras.

Sin embargo, la desaparición fue momentánea. Con un fuerte ruido, una de las grandes losas blancas giró sobre uno de sus lados y dejó un hueco cuadrado por el cual brilló la luz de un farol. Por el borde asomó un rostro avispado y aniñado y luego, con una mano en cada lado del boquete, fue impulsándose hacia arriba, primero hasta los hombros y luego hasta la cintura, hasta que una rodilla quedó apoyada en el borde. Un instante después estaba de pie junto al agujero y ayudaba a subir a un compañero, menudo y ágil como él, con el rostro pálido y el pelo de color rojo intenso.

—No hay moros en la costa —susurró—. ¿Tienes la palanca y los sacos? Pero... ¡rayos y truenos! ¡Salta, Archie! ¡Salta... y que me atrapen solo a mí!

Sherlock Holmes se había abalanzado sobre el intruso y lo había agarrado por el cuello. El otro se hundió en el agujero y pude oír el sonido de la tela rasgada cuando Jones lo intentaba tomar por la camisa. La luz reflejó el brillo del cañón de una pistola, pero la fusta de Holmes golpeó la mano del hombre y la pistola cayó sobre el suelo de piedra.

—Es inútil, John Clay —dijo Holmes en voz baja—. No tiene ninguna posibilidad.



—Ya veo —respondió el otro con la mayor sangre fría—. Confío en que mi colega esté a salvo, aunque se hayan quedado con parte de su camisa.

—Hay tres hombres que lo esperan en la puerta —dijo Holmes.

—¡Oh, vaya! Parece que pensó en todos los detalles. Tengo que felicitarlo.

—Y yo a usted —respondió Holmes—. Su idea de los pelirrojos fue muy original y efectiva.

—Volverá a ver a su colega muy pronto —dijo Jones—. Es más rápido que yo saltando en agujeros, eso es seguro. Sosténganlo mientras le pongo las esposas.

—Le pido que no me toque con sus sucias manos —señaló el prisionero mientras las esposas se cerraban alrededor de sus muñecas—. Quizá ignore usted que por mis venas corre sangre de reyes. Tenga la amabilidad, de paso, de decir siempre “señor” y “por favor”, cuando me hable.

—De acuerdo —dijo Jones, mientras lo miraba a los ojos y soltaba una risita—. ¿Tendría el caballero la gentileza de subir por la escalera, así podemos llamar a una carroza para que conduzca a su alteza a la comisaría?

—Así está mejor —dijo John Clay con total serenidad; nos saludó a los tres con una inclinación de cabeza y salió muy tranquilo, custodiado por el policía.

—En verdad, señor Holmes —dijo Merryweather mientras salíamos de la bóveda tras ellos—, no sé cómo podrá el banco agradecerle o recompensarlo. No cabe



duda de que ha descubierto y frustrado de la forma más completa uno de los intentos de robo a un banco más audaces de los que tuve noticia.

—Yo tenía una o dos cuentas pendientes con el señor John Clay —dijo Holmes—. Este asunto me ocasionó algunos pequeños gastos, que espero que el banco me reembolse; pero aparte de eso, me considero pagado de sobra con haber vivido una experiencia única en muchos aspectos, y con haber escuchado el notable relato de la Liga de los Pelirrojos.

—Como ve, Watson —explicó Holmes temprano en la mañana, mientras tomábamos un vaso de whisky con soda en la calle Baker—, era totalmente obvio, desde un principio, que el único objetivo posible de este tan fantástico asunto del anuncio de la Liga y el copiar a mano la enciclopedia tenía que ser sacarse de encima a este no tan brillante prestamista durante ciertas horas cada día. Fue una curiosa forma de conseguirlo pero, la verdad, sería difícil pensar una mejor. Sin dudas, el método fue sugerido a la mente ingeniosa de Clay por el color de pelo de su cómplice. Las cuatro libras a la semana eran un cebo que atraería al prestamista, ¿y qué les importaba esa cantidad a ellos, que estaban por ganar miles? Ponen el anuncio; uno de los pillos alquila temporalmente la oficina, el otro pillo incita al prestamista a que se postule y juntos se las arreglan para asegurar su ausencia cada mañana, durante toda la semana. Desde el momento en que escuché sobre aquel asistente que trabajaba por la mitad del sueldo, me resultó



claro que debía tener un motivo muy poderoso para asegurarse de tener ese empleo.

—Pero ¿cómo pudo adivinar cuál era ese motivo?

—De haber habido mujeres en la casa, habría sospechado una intriga más vulgar. Esa opción, sin embargo, estaba descartada. El negocio del prestamista era modesto y no había en su casa nada que pudiera justificar unos preparativos tan complicados y unos gastos como aquellos. Por lo tanto, tenía que tratarse de algo afuera de la casa. ¿Qué podía ser? Pensé en la afición del empleado por la fotografía y en su manía de meterse en el sótano. ¡El sótano! Allí estaba la punta del ovillo de esta enmarañada pista. Entonces hice algunas averiguaciones acerca de este misterioso asistente y descubrí que me estaba enfrentando con uno de los más calculadores y atrevidos criminales de Londres. Él estaba haciendo algo en el sótano... algo que le llevaría varias horas al día durante meses, hasta poder terminarlo. Una vez más: ¿qué podía ser? Lo único que podía pensar era que estaba excavando un túnel hacia algún otro edificio.

”Hasta ahí había llegado, cuando fuimos a visitar el escenario de los hechos. Lo sorprendí al golpear el pavimento con mi bastón: estaba comprobando si el sótano se extendía por delante de la casa o por detrás. No estaba por delante. Entonces llamé a la puerta y, tal como esperaba, abrió el empleado. Habíamos compartido algunas escaramuzas, pero nunca nos habíamos visto frente a frente. Yo apenas le miré la cara: sus rodillas era lo que



deseaba ver. Usted mismo habrá notado lo sucias, arrugadas y gastadas que estaban las rodillas de su pantalón. Eso era prueba de todas aquellas horas de excavación. Lo único que faltaba averiguar era para qué cavaban. Al doblar la esquina y ver el edificio del City Bank pegado al fondo de la propiedad de nuestro amigo, sentí que había resuelto el problema. Mientras usted volvía a su casa después del concierto, yo le hice una visita a Scotland Yard y otra a la gerencia del banco, con el resultado que ya vio.

—¿Y cómo pudo prever que darían el golpe esta noche? —pregunté.

—Bueno, que cerraran su oficina de la Liga era señal de que ya no les preocupaba la presencia de Jabez Wilson; en otras palabras, de que ya habían completado su túnel. Pero era esencial que lo utilizaran lo más pronto posible, antes de que lo descubrieran o de que trasladaran el oro. El sábado era el día más adecuado para ellos, pues eso les dejaría dos días para huir. Por todas estas razones, esperaba que vinieran esta noche.

—¡Lo razonó todo hermosamente! —exclamé con indisimulada admiración—. Una cadena tan larga y, sin embargo, cada eslabón se siente fuerte.

—Me salvó del aburrimiento —respondió, bostezando—. Pero ¡ay!... ya lo siento de nuevo abalanzarse sobre mí. Toda mi vida se consume en un constante esfuerzo por escapar de los lugares comunes de la existencia. Estos pequeños problemas me ayudan a lograrlo.



—Y es usted un benefactor de la humanidad —dije.
Holmes se encogió de hombros.

—Bueno, quizá, después de todo, lo que hago tenga alguna utilidad —comentó—. *L'homme c'est rien, l'oeuvre c'est tout*,¹⁴ como Gustave Flaubert le escribió a George Sand.

¹⁴ “El hombre no es nada, la obra es todo”. La frase, en idioma francés, es parte de una carta enviada por Gustave Flaubert, un famoso escritor francés, a George Sand (seudónimo de Amantine Dupin), reconocida escritora de la misma nacionalidad.





Este libro fue diseñado con la
tipografía *Adobe Caslon Pro*
en cuerpo 12, interlineado 16.
Se imprimieron 48.000 ejemplares
en la Imprenta de la Ciudad de
Buenos Aires en el mes de noviembre
de 2019 para distribuir gratuitamente
en las escuelas de la Ciudad
de Buenos Aires.



Buenos Aires Ciudad

